

A woman with blonde hair, wearing a red, sleeveless, floor-length gown with a full skirt, is seated on a light-colored sofa. She is looking over her shoulder towards the camera. The background is a light pink wall with vertical paneling. The text 'HEATHER BOYD' is overlaid in a large, white, serif font. Below it, in a smaller, white, sans-serif font, is 'USA TODAY BESTSELLING AUTHOR'.

HEATHER BOYD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PÍCAROS DISTINGUIDOS



bailando con el duque

BAILANDO CON EL DUQUE
PÍCAROS DISTINGUIDOS
LIBRO QUINCE



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del Autor](#)

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



AGOSTO, 1815

Ophelia Shaw posó su mano sobre la manga del señor Drayton, agradecida por su apoyo mientras cojeaba con su pie de madera y su bastón de bambú, pero consciente de que su estómago estaba hecho un nudo. La ansiedad de Ophelia tenía mucho que ver con el hombre a su lado... pero también con la probable reacción de otro caballero, actualmente ausente, a una pregunta que le habían hecho recientemente.

—He disfrutado mucho de su sermón hoy —aseguró al vicario.

Stephen Drayton no era mucho más alto que ella, tenía el cabello gris y era agradable a la vista, aunque no guapo. Era al menos quince años mayor, aunque ella nunca se había atrevido a preguntar su edad exacta. Stephen Drayton tenía unos tristes ojos marrones que combinaban perfectamente con el atuendo igualmente sombrío que requería su profesión de vicario rural.

Le había pedido matrimonio la semana pasada después de una sutil indagación sobre su posición en la casa del duque. Honestamente, no podría haber estado más sorprendida.

Drayton era un buen hombre, y sin embargo, Ophelia albergaba dudas sobre aceptar su oferta de matrimonio antes de que el Duque de Montrose regresara. Al primo de su difunto marido podría no gustarle la conexión. Y Ophelia no podía imaginarse como la esposa propia y recatada de un vicario rural, incluso si tal matrimonio pudiera ser su única opción para un futuro seguro.

Ophelia tampoco podía imaginarse compartiendo el lecho matrimonial con Stephen Drayton. Él no excitaba sus pasiones en lo más mínimo.

Drayton se rió entre dientes.

—¿Está segura? Podría jurar que escuché ronquidos desde su lado de la iglesia —bromeó.

A veces era divertido. Al señor Drayton le gustaba bromear con ella, pero solo cuando nadie podía oírlo hacerlo. Ella rió suavemente.

—¿Ronquidos?

—Ronquidos delicados. Sonidos diminutos. Aunque quizás, ahora que lo pienso, la señora Mason estaba sentada a cierta distancia detrás de usted. Siempre logro hacer que se duerma con mis sermones.

A Ophelia le gustaba que la propuesta de matrimonio de Drayton y su falta de respuesta afirmativa inmediata no hubieran afectado sus interacciones hasta ahora. El matrimonio era una gran decisión para tomar por segunda vez. La primera vez, Ophelia se había lanzado sin ninguna consideración real por las consecuencias o sin conocer el carácter completo del hombre con

quien se casaría. Le había dicho al señor Drayton que le daría una respuesta pronto. Pero a medida que pasaban los días, no estaba más cerca de saber qué hacer.

Drayton era demasiado educado para quejarse de que una mujer de su edad debería conocer su propia mente a estas alturas.

—Su sermón me ha dado mucho en qué pensar.

Los ojos del señor Drayton se iluminaron.

—Eso esperaba.

Ella se estremeció.

—Montrose no estará en casa con su novia durante algunas semanas más.

El señor Drayton asintió lentamente.

—El hecho de que traiga una nueva señora a Sherringford tiene a todos emocionados. Más de una viuda y dama soltera están disgustadas porque Montrose no las consideró para el papel. Nos ha tomado a todos por sorpresa. Hablando de matrimonio, ¿ha pensado más en *mi* propuesta?

Tanto para darle tiempo.

La propuesta de Drayton había estado condicionada a que el duque ya no la necesitara para dirigir su casa, una responsabilidad que ella disfrutaba y que le daba un propósito. Se había encariñado bastante con su nuevo hogar, y con el duque también. No es que Montrose pudiera tener idea de que a menudo pensaba en él o que tontamente lo imaginaba en su cama algunas noches.

Esa era una de las razones por las que no había rechazado de plano la propuesta del señor Drayton. También era consciente de que el gasto de una esposa, una con sus limitaciones físicas, supondría una carga para el bolsillo de Drayton, más aún que si se casara con alguien más capaz físicamente que no necesitara la ayuda de una doncella para casi todo.

Stephen Drayton había pensado que serían buena compañía el uno para el otro. Había hablado de una vida tranquila de oración y de hacer el bien a los demás.

Para ser completamente honesta, Ophelia temía aburrirse con una vida así. Puede que ya no fuera la debutante despreocupada de su juventud, pero eso no significaba que no quisiera seguir en el meollo de las cosas y vivir una vida apasionada.

Stephen estaba bien informado pero no era brillante. No la fascinaba como podían hacerlo otros hombres cuando hablaba, pero tampoco la hacía dormir durante sus sermones.

Sin embargo, si no era un matrimonio con este hombre, y si Montrose ya no la necesitaba, ¿qué haría con su vida? Ophelia no había hecho más que preguntarse eso desde el momento en que llegó por primera vez a Sherringford, recién enviudada e incapaz de moverse con facilidad.

Había sido un alivio que Montrose hubiera intervenido y tomado decisiones, como su marido se había quejado que solía hacer. Montrose había acudido tan pronto como se enteró del fallecimiento de su marido y de sus heridas, aunque Paul y Montrose no habían sido primos cercanos.

Al despertar después del accidente, Ophelia se había dado cuenta de una presencia masculina junto a su lecho de enferma, aunque tenía la cabeza inclinada. Al principio, había confundido al hombre con su marido y había enredado sus dedos en su suave cabello oscuro.

Cuando Montrose levantó la cara en su lugar, parpadeando con sus soñolientos ojos verdes, su corazón empezó a latir con fuerza por la conmoción y el pánico.

Su marido llevaba una semana muerto para entonces, le había dicho Montrose bruscamente, y ya estaba enterrado, su vida arrebatada por el mismo accidente de carruaje que había aplastado su pie más allá de la reparación y requirió una amputación.

Es muy probable que solo gracias a Montrose estuviera viva hoy. Él había presionado al cirujano y a las doncellas para que hicieran su mejor trabajo y se quedó para supervisar su recuperación.

También se había negado a dejar que se rindiera. Recordaba su insistencia y las palabras que repetía una y otra vez cada noche, cuando no podía dormir por el dolor.

Quédate conmigo.

Lo había hecho. Su recuperación había llevado meses. Mientras se recuperaba, Montrose había saldado las deudas de su marido y empacado sus modestas pertenencias, enviándolas a Sherringford, su finca ducal. Ophelia se había sentido aliviada de que él tomara el control porque, aparte de la familia de su marido, no tenía a nadie más a quien acudir.

Pero ver la expresión severa de Montrose junto a su cama cada mañana había sido una experiencia algo inquietante durante esas primeras semanas.

Ophelia solo había conocido a Montrose una vez antes del accidente, un mes después de haberse casado con su primo. Recordaba lo incómoda que se había sentido, y lo cohibida que estaba frente al austero y claramente desaprobador duque. Él tampoco había ayudado a que se sintiera cómoda a su alrededor, siendo cortante y aparentemente imposible de complacer. Además, nunca sonreía.

Pero desde el día en que despertó después del accidente, él se había convertido en su salvavidas.

Cuando anunció su creencia de que estaba en condiciones de viajar, el duque había insistido en un retraso de otra semana y luego la había llevado a casa a Sherringford con gran estilo, viajando en etapas fáciles que aun así la dejaban exhausta cada noche cuando se refugiaban en una sucesión de posadas. Había dormido la mayor parte del viaje, recostada en el bien acolchado carruaje de Montrose durante el día. Él se había sentado frente a ella todo el camino a Sherringford, apenas apartando sus ojos de ella, según le parecía.

Y luego, una vez en Sherringford, la había abandonado al cuidado de un ejército de sirvientes, y apenas lo había visto más que una vez al día cuando preguntaba cómo estaba.

Le debía tanto, y no tenía medios para pagarle nunca. Tampoco tenía explicación de por qué había tomado un interés tan personal en su recuperación al principio, cuando ella había sospechado desde el inicio de su matrimonio que ni siquiera le caía bien. Pero cuando se había inquietado con su confinamiento y podía moverse por su vasta casa con muletas o en una silla de ruedas, él de repente le había ofrecido el desafío de dirigir su hogar, con un batallón de sirvientes a su disposición.

Su nuevo papel había ayudado a Ophelia a dejar de lado su dolor, y también le dio una excusa para levantarse de la cama cada mañana.

Había asumido, aunque nunca se especificó, que solo sería un arreglo a corto plazo. Él no había dicho nada sobre hacer el puesto permanente. Pero las semanas se habían convertido en meses sin discusión sobre el futuro hasta que un día, de la nada, él le había confiado que haría un cambio en su vida, y por lo tanto en la de ella también.

Su anuncio de que iría a Londres para casarse había sido una completa sorpresa. Recordaba haberse quedado paralizada en su presencia, sin saber qué decir, y sintiendo que su mundo estaba a punto de terminar nuevamente.

El día de su partida lo recordaba con perfecta claridad. Se había parado con los sirvientes en la entrada temprano una mañana mientras su carruaje se alejaba y había comenzado a llorar porque la dejaba atrás. Ophelia había secado rápidamente sus lágrimas antes de que alguien las

viera, por supuesto, y se había vuelto hacia la mansión, decidida a hacer la casa perfecta para su regreso y para la futura Duquesa de Montrose.

Pero durante las largas noches y los interminables días de su ausencia, se había preocupado por él. Preocupado más de lo que sentía que debería.

—Por supuesto que he estado pensando en el futuro —le dijo al señor Drayton con una sonrisa sincera—. Hasta que no esté segura de los deseos del duque para el futuro, aún no puedo responder.irme podría incomodarlo a él y a su nueva esposa. Le debo tanto después de toda la amabilidad que me ha mostrado.

El matrimonio era un gran paso para una mujer, especialmente para una con un solo pie.

Drayton no era el tipo de hombre al que Ophelia le habría prestado atención antes. Sin embargo, ya no era una joven dama respetablemente dotada con el mundo a sus pies. Especialmente no ahora; ni siquiera poseía dos pies sobre los cuales pararse. No esperaba hacer un mejor matrimonio... pero se preguntaba si tenía que hacer alguno en absoluto.

Drayton tomó su mano libre y la apretó firmemente en la suya. Ella notó que sus manos estaban secas y bastante suaves. —Bueno, no importa lo que suceda, recuerde siempre que fue una adición bienvenida a nuestra sociedad cuando llegó. Su amabilidad con todos nosotros nos ha impresionado. Especialmente a mí. Ha hecho mucho bien aquí en nombre de Montrose. Eso significa mucho para nuestra pequeña comunidad.

Ella se sonrojó ante sus elogios. Tenía una pequeña influencia sobre el Duque de Montrose, pero eso probablemente terminaría cuando él se casara. Esperaba que la futura duquesa pudiera persuadirlo como ella lo había hecho, e incluso hacerlo mejor.

Montrose había confesado que había elegido a una dama de gran fortuna, pero nunca se había dejado persuadir para describir a la mujer en detalle. Ophelia asumía que era joven, elegante y muy hermosa. Como deberían ser todas las esposas de los grandes hombres.

El dedo del pie de su pie falso se enganchó en el borde de una losa, y habría caído de bruces si no fuera porque Drayton la atrapó y la atrajo hacia sí.

—La tengo —prometió—. Agárrese fuerte de mi brazo y la ayudaré a llegar al carruaje.

—Estoy bien —prometió ella, apartando rápidamente su ayuda, tan confundida por su tropiezo como por la cercanía de Drayton.

—Lo está haciendo muy bien. Ha mejorado mucho desde el día en que nos conocimos, querida.

Ophelia casi se estremeció ante el término cariñoso que salió de su lengua. Realmente debería haberle dado una respuesta a Drayton, pero tenía la excusa adicional de la ausencia prolongada de Montrose para retrasar darla. Vivir de la generosidad y caridad de Montrose significaba que había podido olvidar ciertas duras verdades sobre su situación. Necesitaría conocer el estado de sus asuntos financieros antes de comprometerse con cualquier unión.

El conocimiento de Ophelia sobre finanzas era muy limitado, culpa de nadie más que de ella misma y de su impulso imprudente de fugarse con su difunto esposo, permitiéndole mantenerla en la oscuridad.

—Es usted muy amable. Estoy segura de que Montrose discutirá cómo cambiarán las cosas cuando llegue su novia.

El señor Drayton asintió, sus dedos volviendo a reclamar los de ella. —Si necesita alguien en quien confiar después, estoy disponible para usted en cualquier momento —prometió—. Sé lo angustioso que puede ser hablar con él.

Ophelia retiró su mano. Demasiada familiaridad podría hacer que las lenguas se movieran. —

El Duque de Montrose no ha sido más que amable conmigo.

—Por supuesto —dijo Drayton en tono tranquilizador—. Es usted amable al pasar por alto sus malos modales con los demás. Me alegra escuchar que, al menos con usted, puede recordar ser galante.

Ophelia no se quedaría para escuchar a nadie menospreciar a Montrose. —Sí, puede ser cortante con aquellos que lo desagradan. Así son los duques. Que tenga un buen día, señor Drayton.

—Señora Shaw —murmuró Drayton con una sonrisa de disculpa, como si se diera cuenta de que había ido demasiado lejos en su crítica a su primo por matrimonio—. ¿Podría tener el honor de ayudarla a subir a su carruaje?

—Soy capaz de hacer la hazaña sola ahora, gracias —le aseguró.

La mayor parte del tiempo.

Se alejó cojeando de Drayton antes de que pudiera retenerla con más conversación.

Los mozos de cuadra de Montrose holgazaneaban junto al segundo mejor carruaje no muy lejos, disfrutando del sol en lugar de los sermones dentro de la sofocante iglesia. No los culpaba. Ella también había evitado la iglesia la mayor parte de su vida una vez.

Pero poco después de su llegada, Ophelia se dio cuenta de que la gente del distrito la miraba con cierto grado de hostilidad y sospecha, y murmuraba sobre el arreglo que tenía para administrar la gran casa de Sherringford. Había ido a la iglesia tan pronto como estuvo en condiciones, aunque Montrose no estaba de acuerdo en que alguna vez necesitara molestarse. Él no parecía darse cuenta o importarle que su presencia en la casa de un soltero pudiera considerarse escandalosa. Ophelia había hecho todo lo posible por proyectar una imagen de dignidad y decoro mientras estaba en sociedad.

En la puerta del carruaje abierto, se enfrentó al interior con cansada resignación. Esta era la parte complicada. Subir dos escalones a un carruaje no siempre era sencillo, pero se negaba a que la levantaran más. No importaba cuán bien intencionada pareciera esa ayuda, Ophelia estaba cansada de sentirse siempre avergonzada después.

Un par de mozos de cuadra se apresuraron a colocarse a cada lado de ella, listos para atraparla si perdía el equilibrio y comenzaba a tambalearse.

Le entregó el bastón a uno y se aferró a los pasamanos recién añadidos a cada lado de la puerta del carruaje y saltó. En el primer escalón, se tambaleó. En el segundo, sonrió, pero el paso más difícil aún estaba por venir. Tenía que estirarse más hacia adelante sin nada sustancial a lo que agarrarse y saltar dentro para finalmente alcanzar el asiento del carruaje.

Cuando lo intentó, se tambaleó, y entonces alguien la agarró firmemente por la cintura desde atrás y la estabilizó.

—La tengo.

Ophelia prácticamente voló a través del carruaje y aterrizó horriblemente torcida en un asiento. Sus faldas se enredaron alrededor de sus piernas, dificultándole enderezarse con algún tipo de precisión femenina. Estaba avergonzada, sus mejillas ardiendo.

Las manos alrededor de su cintura, la voz, habían pertenecido al Duque de Montrose.

El duque había regresado.

El carruaje se sacudió, y entonces unas manos gentiles la levantaron y la depositaron correctamente en el asiento. Miró el rostro severo del Duque de Montrose con total sorpresa mientras él se acomodaba en el asiento opuesto.

—Está en casa —observó, luego se sonrojó aún más. Había pensado en él todos los días

desde que la había dejado atrás. Era tal alivio verlo de nuevo que luchó por contener su abrumadora felicidad. Pero debía contenerla porque probablemente al duque no le agradaría que hiciera un alboroto por él.

—En efecto. Debería haber sabido que la encontraría aquí de nuevo entre la chusma codiciosa —refunfuñó Montrose.

Montrose no era religioso, tenían eso en común, y tampoco tenía mucho tiempo para el vicario. Nunca le había prohibido asistir a los servicios los domingos, pero nunca se veía feliz cuando ella estaba saliendo por la puerta.

Lanzó una mirada fulminante a los mozos de cuadra que aún rondaban, quienes se apresuraron a volver a sus posiciones a toda prisa. Solo con su gesto de aprobación el carruaje comenzó a avanzar, llevándolos de vuelta hacia la Finca Sherringford.

Ophelia se humedeció los labios, repentinamente nerviosa por él. —No lo esperaba por algunas semanas más.

Él gruñó, frunció el ceño oscuramente, y Ophelia sabía que era mejor no hacer otra pregunta de inmediato. El duque era un hombre de humor cambiante. Podía aterrorizar a sus sirvientes solo dejando caer un libro demasiado fuerte.

Miró por la ventana y vio su carruaje de viaje más grande y cerrado siguiéndolos a casa. Así que acababa de regresar. ¿Ya habría traído a su novia con él?

Levantó la mano, preparada para saludar a la nueva duquesa, hasta que Montrose habló.

—No te molestes. No hay nadie en el carruaje —le dijo.

Ophelia encontró su mirada lentamente, asombrada por la noticia. Montrose había prometido regresar con su novia. Había sonado tan seguro de que sería un hombre casado la próxima vez que se vieran. —¿Qué quiere decir?

Él frunció el ceño de nuevo. —Cambié de opinión.

—Oh —dijo Ophelia lentamente, y se avergonzó al darse cuenta de que sentía un inmenso alivio ante la noticia de que Montrose no estaba casado, o a punto de estarlo. Y luego enojo en su nombre—. ¿Pero por qué?

—¿No es suficiente explicación que me liberó del compromiso? —espetó, y luego apretó la mandíbula—. No quiero hablar de ello.

Ophelia se mordió la lengua. No obtendría más conversación de Montrose hasta que estuviera más calmado. Había estudiado sus estados de ánimo y comportamientos durante los últimos meses. Si insistía, él levantaría sus defensas y no le diría nada en absoluto.

CAPÍTULO 2



HARRY VIO LA decepción de Ophelia, pero no cambiaría de opinión ni revelaría toda la historia de su tiempo fuera. Algunas humillaciones no podían compartirse... especialmente no con alguien como *ella*. Y no serviría de nada dar vueltas a su error. Se había ido soltero y había vuelto igual.

Nada había cambiado.

El viaje de regreso desde el pueblo le dio amplia oportunidad de observar las expresiones siempre cambiantes de Ophelia Shaw. Estaba preocupada. Aunque no podía decir por qué. ¿Sería porque había vuelto sin esposa, o porque había regresado a la finca en general?

Sus labios se apretaron en una línea tensa, y eso le indicó que tenía algo sombrío en mente. Durante todo el tiempo que estuvo confinada en cama por enfermedad, había mostrado esa misma expresión muchas veces. Nunca le decía de qué se preocupaba entonces, y él había aprendido a no acosarla con explicaciones ahora. Había una distancia entre ellos, un vasto abismo que quizás nunca se salvaría. Tenía que haberla, también, aunque lamentaba haberle hablado bruscamente.

Sin embargo, no le diría lo mal que realmente le había ido en Londres.

Nunca debería haberse molestado en tratar de encontrar una esposa cuando la dulce y gentil mujer frente a él era todo lo que siempre había deseado... pero no podía admitirlo.

Era la viuda de su primo. Aún de luto por el amor de su vida. Un hombre que había sido el opuesto exacto de Harry en todos los sentidos.

Ophelia era perfecta: elegante y serena, enormemente inteligente, aunque aún lo disimulaba ante él.

Era demasiado buena para un ogro, así que él mantenía su admiración bien oculta y guardaba una distancia respetable en todo momento. Ya había sufrido bastante con el accidente, con el descuido de su difunto esposo por su seguridad, y Harry quería tener el privilegio de cuidar de ella el resto de sus días. Incluso había ideado un plan para ocupar los días de *ella*, alegando que necesitaba su ayuda para dirigir Sherringford.

Para su sorpresa, ella había prosperado con el desafío de dirigir su casa, llegando incluso a involucrarse con el mundo más amplio alrededor de la finca. Era admirada y respetada. Harry estaba asombrado de ella.

En ese momento, un cambio en el paisaje llamó su atención al pasar a campo abierto. Una de las casitas más pequeñas de los arrendatarios parecía estar repleta de hombres.

—¿Qué está pasando allí?

Ella se encogió de hombros.

—Me han dicho que se escuchó un gran crujido una noche hace unos días, y cuando llegó la mañana, la pared se había caído hacia afuera.

Harry miró la escena de nuevo. De sólida construcción en madera, la casita no tenía por qué desmoronarse por capricho.

—No puedo creerlo.

—Nadie más puede —murmuró Ophelia—. Lo que importa es que la casa está en reparación, y todo está bien de nuevo.

Él se reclinó, observándola.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Un rubor comenzó a subir por sus mejillas, y ella bajó la mirada hacia sus manos.

—Era demasiado esperar que el asunto pudiera resolverse sin tu intervención. Temo que te disgustará la noticia.

—Pero no con quien la cuenta —prometió él—. Ahora, ¿qué pasó realmente?

Ella suspiró profundamente.

—Tienes razón. La casita no simplemente comenzó a desmoronarse. Tuvo ayuda. Los hermanos Johnson se metieron en una pelea hace unas noches.

Él se inclinó hacia adelante.

—¿Qué tan grande fue la pelea?

—Nadie murió —prometió ella con una mueca—. Pero la señora Nash tiene un brazo roto.

Harry apretó los dientes. Maggie Nash era una mujer mayor y de movimientos lentos. También tendía a involucrarse en los asuntos de los demás. No le sorprendería saber que había estado en medio de la pelea, esperando que su presencia calmara los ánimos exaltados. Usualmente, su intromisión resultaba bien. Nunca antes había sido herida que él supiera.

Se volvió hacia el cochero.

—A la granja de los Nash. Ahora.

Cuando se volvió hacia Ophelia, ella se estaba mordiendo el labio de nuevo.

Extendió una mano, con la palma hacia ella, esperando que el gesto la tranquilizara.

—Hablaré con la señora Nash y luego me ocuparé de esa chusma de una vez por todas.

Ella hizo otra mueca.

—Tengo algo que confesar, y puede que no te guste. No quería que el asunto arruinara tu regreso a casa con tu esposa, así que había que hacer algo para evitar que el par pendenciero volviera a empezar. Me he excedido en mis funciones, pero se me ocurrió un castigo para ellos en tu ausencia.

Él la miró sorprendido.

—¿Qué hiciste?

Ella señaló fuera del carruaje.

—Lo verás en un momento.

Giraron hacia el camino de los Nash y se dirigieron a la casita que se encontraba en medio de campos abiertos. Maggie Nash era una dulce señora. Una vez había sido criada en Sherringford, pero había sido injustamente despedida por el difunto padre de Harry. Harry nunca lo admitiría ante nadie, pero tenía debilidad por la mujer. Ella había sido amable con él cuando era niño. Se había casado con un lugareño, y su esposo era un buen tipo. Tranquilo, justo como a Harry le gustaban sus vecinos.

Los vio fácilmente ya que estaban sentados al sol juntos, estudiando sus tierras como solían hacer en los cálidos días de verano. Todo parecía como lo había dejado.

—¿Qué es lo que no estoy viendo?

—Mira allí —murmuró Ophelia, señalando lejos de los Nash—. En el campo.

Harry entrecerró los ojos.

—El campo está siendo arado.

—Y los hermanos Johnson se turnan para hacer de caballo. Tienen todo ese campo por hacer, y luego el siguiente también. Después de eso, se han comprometido a trabajar en el molino, cortando madera que algún día se convertirá en los muebles que destruyeron en su propia casita.

Harry consideró lo que sabía de su situación. Los hermanos Johnson habían recibido recientemente algo de dinero y de repente se creían superiores a sus vecinos. Abrigos nuevos, sirvientes extra. Pavoneándose por el pueblo como si fueran los dueños.

—Ese es un trabajo caluroso y sucio para un par de pretensiosos.

—Exactamente —Ophelia sonrió serenamente—. Si se comportan como animales, digo que los tratemos como tales. Ofrecieron pagar una compensación, pero sabía que el señor Nash nunca habría aceptado un centavo. Así que hice otra sugerencia, y todos estuvieron de acuerdo. El par se ha sometido a su castigo con solo un poco de refunfuño de vez en cuando. Espero que el trabajo duro les recuerde respetar lo que tienen y tener más cuidado con sus mayores.

Harry se frotó la mandíbula con la mano. No era exactamente como él habría castigado a la pareja, pero no se le ocurría ninguna objeción al plan de ella para bajarles los humos en la escala social local. Quizás mejorara sus modales más rápido que echarlos a patadas, que es lo que él probablemente habría hecho ese mismo día.

El carruaje se detuvo cerca de los Nash, y él descendió. Ophelia permaneció sentada, como él esperaba que hiciera.

La pareja se levantó de un salto, aunque notó que la señora Nash se agarraba el brazo para evitar cualquier sacudida. Ella hizo una reverencia mientras su marido se tocaba la gorra.

—Su excelencia, qué honor.

—Señor Nash. Acabo de enterarme de lo sucedido —bajó la mirada hacia Maggie Nash, preocupado por ella de una manera en que lo estaba por muy pocas personas—. ¿Estás bien, Maggie?

—Estoy bien —prometió ella con una sonrisa, y luego se acercó. Posó su mano ligeramente sobre la manga de él—. Solo un pequeño golpe. No te preocupes por mí ahora.

Él negó con la cabeza. Se preocupaba, pero rara vez lo demostraba. La gente lo tachaba de frío, incapaz de amar, pero Maggie sabía que no era así. Y ella siempre le había mostrado afecto. Esa fue la razón por la que su padre la había despedido de Sherringford. A Harry no se le había permitido encariñarse con nadie de niño, y cuando lo vieron riendo con Maggie, una criada, por alguna nimiedad, la habían despedido esa misma noche.

Después de eso, había aprendido a no reír con los sirvientes.

Cubrió brevemente la mano de ella con la suya.

—Un brazo roto no es ninguna nimiedad.

—Me curaré pronto —se apartó—. No dejes que esto estropee tu regreso a casa, excelencia. Es bueno tenerte de vuelta donde perteneces.

—Gracias.

Ella hizo una reverencia y luego retrocedió.

Su marido le hizo un gesto a Harry para que lo acompañara en un paseo hacia la pareja que

estaba arando el campo.

—¿Es el castigo de su agrado, Nash?

—Enormemente, excelencia —aseguró—. Después de toda la ayuda que mi Maggie ha dado en la crianza de su hermana menor, merecen algo peor.

Harry emitió un sonido de asentimiento, pero no ofreció una alternativa.

Nash era mucho mayor que Harry, veinte años mayor que Maggie, también. Con el paso de los años, Harry había aprendido a confiar en sus opiniones, e incluso las buscaba ocasionalmente.

Nash sonrió.

—Mi Maggie está bien. Solo un poco de dolor de vez en cuando. La señora Shaw se encargó personalmente de que le colocaran el hueso y envió a una criada de la finca para ayudar con las tareas. Agradezco su insistencia en que los Johnson no se librasen tan fácilmente como quedarse sin hogar por lo que hicieron.

En el campo, los Johnson se habían detenido para gritarse el uno al otro. Harry frunció el ceño.

—Parece que aún no han visto el error de sus actos.

—Un castigo prolongado es justo lo que necesitan entonces —decidió Nash—. Han sido unos días sumamente entretenidos verlos intentar trabajar juntos. ¡Volved al trabajo, borrachos inútiles! —gritó de repente Nash.

Harry cruzó los brazos sobre el pecho, mirando con disgusto a la distante pareja.

—Así que estaban borrachos.

—Una noche horrible en todos los sentidos. Su hermana vino a nosotros en un estado lamentable. Así fue como supimos que algo andaba mal. Te juro que si la señora Shaw no hubiera aparecido de repente, habría habido derramamiento de sangre. Nada calma una discusión más rápido que la señora Shaw entrando en una habitación.

Harry gruñó. Su presencia lo calmaba a él también. Ophelia tenía el don de conseguir que la gente hiciera lo que ella quería sin decir una palabra. Probablemente le debía algún tipo de explicación por su mal humor, pero elegiría bien el momento para decírselo. Esperaría hasta que no estuviera tan enojado al respecto.

—Bueno, mientras estés satisfecho...

—De hecho, lo estoy —Nash se giró para mirar detrás de ellos y sonrió—. Uña y carne otra vez, ese par.

Harry también miró hacia atrás. Maggie Nash y Ophelia parecían inmersas en una conversación, aunque Ophelia permanecía en el carruaje para la charla. Se habían caído bien casi desde su primer encuentro, y Harry aprobaba su amistad ya que Maggie era una mujer sensata.

—Sí.

—Se animará, ahora que has vuelto.

Harry suspiró.

—Maggie no tiene motivos para preocuparse por mí. Ya no soy un niño pequeño.

—Hablaba de la señora Shaw. Si me lo preguntas, ha estado un poco decaída estas últimas semanas. Ahora que has vuelto, espero que vuelva a ser la de siempre.

Él no veía nada diferente en el comportamiento de Ophelia.

—¿Qué razón podría tener para estar infeliz?

—Sola en esa gran casa sin ti.

Harry intentó no poner los ojos en blanco.

—Hay al menos cuarenta empleados en Sherringford listos para atenderla, y sin duda Maggie la ha visitado.

—No es lo mismo que tenerte cerca, y lo sabes.

Harry frunció el ceño. Se había preguntado si la quietud de Sherringford acabaría por desagradar a Ophelia. Ella había tenido una vida más emocionante, casada con su primo Paul. Había viajado extensamente por toda Inglaterra con él y había disfrutado de visitas de amigos cada vez que alquilaban una casa. Desde que llegó a Sherringford, Ophelia había estado prácticamente recluida, con solo las familias locales para entretenerse.

—¿Crees que debería contratar a una mujer para ella?

Nash se rió.

—Una dama de compañía solo se interpondría en tu camino. Pero creo que deberías hacer algo con esa antorcha que llevas por ella uno de estos días.

Harry se quedó inmóvil, y luego fingió no haber oído a Nash.

—Vamos, muchacho. Ha sido evidente como el día para cualquiera que te conozca bien que te importa —Nash sonrió con complicidad—. ¿Y dónde está esa novia que prometiste traer a casa, eh?

Harry se humedeció los labios. Nervioso porque un vecino hubiera notado su interés por Ophelia. Pensaba que había ocultado mejor sus sentimientos.

—Por supuesto que tengo interés en ella. Es la viuda de mi primo.

—Esa no es la razón por la que estás interesado. Es una gran mujer —Nash miró a sus trabajadores en el campo, se llevó las manos a la boca y volvió a gritar—: ¡Bueno, no os quedéis ahí parados, Johnson! ¡El campo no se va a arar solo, y aún os queda otro! —Nash se volvió hacia Harry y sonrió—. Si no hablas, alguien intentará quitártela de las manos.

Harry lo sabía, pero dudaba que alguno tuviera éxito. No a menos que fueran como Paul: extrovertido, divertido, aventurero.

Harry frunció el ceño a Nash, pero su vecino simplemente se rio entre dientes. —Vamos, no te enojas conmigo por hablar fuera de turno. Necesitabas el empujón. Has estado más feliz desde que ella vino a quedarse. Ahora, es hora de que convenza a Maggie de que descanse el brazo, y tú será mejor que lleves a la señora Shaw a casa antes de que se resfríe.

Harry miró hacia el cielo. El día era perfecto en todos los aspectos. Ni una nube en el firmamento y cálido.

Cuando miró a Nash, el hombre estaba luchando por no sonreír. —Podría llover.

—Nash, estás luchando contra molinos de viento.

—¿Tú crees?

A pesar del clima perfecto que no tenía ninguna posibilidad de empeorar, Harry se apresuró hacia el carruaje y la encantadora mujer que lo esperaba.

La señora Nash todavía le susurraba a través de la puerta abierta del carruaje, pero se detuvo cuando lo vieron regresar.

Harry esperaba que los susurros y las miradas de lástima continuaran en las próximas semanas. Al menos no hablarían de él persiguiendo a la viuda de su primo, como Nash acababa de hacer.

Lo más probable es que Ophelia le hubiera dicho a Maggie que él había regresado soltero. Diablos, el señor Nash lo había adivinado, y Harry ni siquiera había dicho una palabra. Harry preferiría que se conociera la versión que *él* quería sobre su fracaso en casarse, en lugar de una exageración desenfundada que los chismosos pudieran inventar. Mañana, le diría a Ophelia lo

que necesitaba saber, y eso sería verdaderamente el fin del asunto, esperaba. Se acomodaría de nuevo en su rutina habitual y pasaría sus momentos libres vigilando a Ophelia desde la distancia, o recordando a los sirvientes que lo hicieran.

Harry subió frente a Ophelia y se despidió de los Nash con la mano.

Cuando la granja de los Nash quedó bien atrás, se volvió hacia ella. Ophelia lo fascinaba, aunque siempre había tratado de ocultarlo bien. Si Nash lo había descubierto, sin duda otros también podrían haberlo hecho. Tendría que ser más cuidadoso para ocultar su parcialidad en el futuro.

Frunció el ceño. Quizás tendría que evitarla de nuevo. Algo que le resultaba difícil de hacer. Pero a partir de mañana, no hoy. —Hiciste lo correcto con los Johnson, aunque está por verse si es una cura para sus peleas.

—Gracias por decirlo, su excelencia. Solo se puede esperar que puedan ser civilizados.

Permanecieron en silencio durante el resto del viaje. Harry repasó en su mente los acontecimientos de las últimas semanas, decidiendo qué omitir en el relato. En retrospectiva, había apresurado la propuesta. Solo quería terminar con ello para poder volver a casa.

En los escalones de entrada de la mansión, encontró al odioso vicario esperando para saludarlo. El maldito hombre se apresuró directamente a la puerta de su carruaje, también.

—Su excelencia —exclamó el señor Stephen Drayton con una sonrisa condescendiente que nunca dejaba de irritar a Harry—. Lamento haberlo perdido en el pueblo. Bienvenido a casa y permítame ser el primero en ofrecerle mis felicitaciones.

—Drayton —dijo secamente. Lo último que necesitaba hoy era un pomposo charlatán oscureciendo su puerta—. Haga una cita con mi secretario para más adelante en la semana.

—En realidad, vine a ver a la señora Shaw.

Harry frunció el ceño severamente. Drayton acababa de asaltar a Ophelia con un sermón dominical y no debería tener más asuntos monopolizando su atención hoy. Le ofreció su brazo a ella, para evitar que tuviera que acceder a quedarse. —La señora Shaw tiene deberes que atender. Tendrá que volver en otro momento.

La próxima década le vendría perfectamente bien a Harry. Ophelia nunca podía decirle que no a nadie. Drayton siempre estaba lamentándose por sus huérfanos o alguna otra causa perdida. Y luego Ophelia se lo contaría, y al final de la discusión, el bolsillo de Harry estaría más ligero.

Harry se sintió aliviado cuando Ophelia se disculpó con el vicario, y él sutilmente la instó hacia la puerta de Sherringford con tanta prisa como fue posible para ella. Ella sí tenía asuntos que atender adentro, pero no tenían nada que ver con la administración de la casa. Harry descartó a Drayton de su mente, así como con un gesto de su mano, y la llevó adentro.

El tiempo de Harry en Londres no había sido una pérdida total. Había hecho algunas compras, todas ellas para Ophelia.

Cuando ella vio las cajas y paquetes apilados en el suelo del gran salón, jadeó angustiada. —Oh, no. ¿Hiciste compras para ella?

—Por Dios, no. Estos son para ti —prometió, paseando alrededor de la pila. Ver todas sus compras apiladas en un solo lugar le hizo darse cuenta de que quizás se había excedido un poco con sus gastos en Ophelia, aunque no se arrepentía de nada. Esperaba que ella no intentara rechazar sus regalos con demasiada vehemencia.

—¿Para mí? Pero mi cumpleaños no es hasta dentro de un mes.

Él desestimó sus palabras con un gesto de su mano. —No tengo deseos de volver a la ciudad por un tiempo, así que esto tendrá que servirte para los regalos de cumpleaños y Navidad

también.

Harry había tenido tiempo suficiente para familiarizarse con el alcance limitado de las posesiones de Ophelia durante su largo confinamiento y su posterior mudanza a Sherringford. Había muchas cosas que una dama necesitaba, aunque Ophelia nunca había pedido ninguna de ellas en todo el tiempo que había estado bajo su techo. Estaba cansado de verla con los mismos vestidos sencillos que había usado desde su accidente. El negro severo del luto había sido reemplazado recientemente por vestidos decididamente poco atractivos que ya poseía. Los vestidos que su primo le había proporcionado claramente habían costado solo unos pocos chelines, cuando deberían haberse gastado libras en su lugar.

Así que Harry se había encargado de compilar una larga lista y enviar a su ama de llaves de Londres —que a sus ojos parecía tener proporciones y altura similares— a una juerga de compras en nombre de Ophelia. Estaba muy satisfecho con los resultados.

Joyas modestas, así como ropa interior, habían sido compradas discretamente por él. Era un poco tortuoso imaginar a Ophelia usando su camisa de seda por Stapleton, bajo sus propias narices, pero si no podía tenerla, al menos la trataría con lo mejor que su dinero pudiera comprar. También había rollos de telas y encajes, guantes y sombreros para que ella eligiera. Vestidos ya confeccionados tanto para el día como para entretenimientos nocturnos.

Ella había comenzado a salir un poco antes de que él se fuera a Londres, y le pareció entonces que otras personas eran buenas para mantener su ánimo... excepto por el vicario, por supuesto. Harry nunca lo aprobaría, aunque Ophelia era más tolerante.

Había suficientes baratijas de varias mercerías para mantenerla bien entretenida con su costura cuando los meses más fríos descendieran sobre ellos y no pudiera aventurarse afuera.

Se alejó un poco. —Regala lo que no quieras.

—No podría hacer eso —suspiró profundamente—. Oh, mi querido duque, qué tonta fue ella al rechazarte. Has sido demasiado generoso.

Ophelia se movió repentinamente hacia él y se detuvo muy cerca. Se estiró hacia su rostro con los labios fruncidos. Harry era bastante más alto que ella y, a pesar de la incomodidad, inclinó su mejilla hacia ella.

—No fue nada.

Sus labios eran suaves sobre su piel y se demoraron mientras el aroma de su perfume asaltaba sus sentidos hambrientos.

La amaba tanto, y estaba agradecido por cualquier excusa para mimarla.

—No deberías haberte molestado tanto, pero gracias por pensar en mí cuando debías tener tantas otras cosas en mente.

Sí. Había estado prodigando atención a la mujer equivocada, cuando a la que quería la había dejado atrás. ¿Realmente Ophelia se había sentido sola sin él? Mirándola ahora, no podía creer del todo la afirmación de los Nash.

—Hablaremos de nuevo mañana —prometió mientras se dirigía nuevamente hacia la puerta.

Su dulce sonrisa casi lo deshizo.

—Lo esperaré con ansias.

CAPÍTULO 3



—¡CIELOS! Su excelencia debe de haber abierto bien la cartera para pagar todo esto —exclamó en voz alta Gertie Fritz, la doncella principal de la planta baja.

Ophelia estaba de acuerdo y se sentía un poco avergonzada por todas las riquezas que le habían sido otorgadas descuidadamente. Se encontraban en su salita a la mañana siguiente, el único espacio lo suficientemente grande para contener todos los regalos del duque, mientras las doncellas la ayudaban a encontrar lugares para acomodar la inesperada generosidad del duque. Estaba aún más asombrada por la cantidad y variedad de los objetos que cuando los vio por primera vez apilados en cajas en el vestíbulo el día anterior. Debía de haber gastado una fortuna en ella, y ciertamente nunca esperó que lo hiciera.

—Creo que no voy a necesitar nada nuevo en los próximos diez años —murmuró.

—Tal vez solo siete —sonrió Lilly Watson, otra doncella—. Incluso con un solo pie, los zapatos se desgastarán con lo mucho que intentas correr por los terrenos.

Ophelia rió. Quería ser como había sido antes: ágil y grácil. Llena de energía y vida. Eso era más difícil ahora con un pie de madera, pero no imposible.

Gertie sostuvo uno de los rollos de fina tela de seda contra su cuerpo y se giró para mostrárselo a Ophelia. El color era glorioso. Rosa oscuro entretejido con negro.

—Ese es un color verdaderamente extraordinario —comentó.

—Hará un vestido de noche encantador —le aseguró Gertie—. Si tan solo tuviéramos una modista de Londres para hacerle justicia.

Ophelia tendría que emplear a la modista local y esperar lo mejor. Era un desastre haciendo ropa que le quedara bien a ella misma.

—Bueno, no habrá bailes en Sherringford durante quizás otro año, supongo.

—A menos que su excelencia encuentre otra novia entre la nobleza local. Si se casa con una de ellas y la boda se celebra aquí, podrías usar esto para la fiesta de bodas.

Montrose tenía que casarse. No había forma de que pudiera evitarlo. Necesitaba un heredero propio y una esposa en su cama para conseguirlo. Intentaba no pensar demasiado en ese aspecto de su matrimonio.

—Asumes que me invitarían a la boda —dijo mientras admiraba un chal nuevo.

—Por supuesto que asistirás —la reprendió Gertie—. ¿Cómo podrías no hacerlo? Su excelencia depende de ti. ¿Realmente crees que te habría comprado todas estas telas lujosas si no quisiera verte elegantemente vestida con ellas?

No la habían querido en Londres esta temporada para conocer a la prometida de Montrose. Tal vez si hubiera estado allí en Londres, las cosas habrían resultado diferentes para él. Podría haber ayudado a allanar su camino.

¿O la dama habría huido gritando de su discapacidad?

Ese era el mayor temor de Ophelia: que su miembro amputado horrorizara a su nueva esposa y la apartara. Las personas que se veían diferentes eran rechazadas por los sanos. Lo había sabido incluso antes de su accidente de carruaje.

Tal vez por eso Montrose no la había llevado a Londres con él. No quería que la gente mirara o hablara de su lesión cuando el centro de atención debería estar, por supuesto, firmemente colocado en la nueva Duquesa de Montrose.

Ophelia suspiró.

—Al principio, me pregunté si todo esto estaba destinado a su novia. La que se echó atrás.

—Bueno, *esto* ciertamente no podría ser —exclamó Gertie, sosteniendo una bota nueva, hecha de cuero marrón claro y cosida con hilo dorado. Ya tenía varias que se abrochaban alrededor de la pantorrilla superior para mantenerlas en su lugar. El duque parecía comprometido a encontrar la adecuada para ella.

Ophelia se apresuró a ver la nueva bota. La sopesó en su mano y la volteó.

—Similar pero mucho más ligera, creo.

—Quizás no te canses tan rápido.

—Eso sería agradable —murmuró Ophelia y la dejó a un lado. La probaría más tarde y vería qué ajustes debían hacerse para un ajuste cómodo.

—Si él dijo que todo esto era para ti, entonces le creería. Nuestro duque no anda con rodeos ni gasta su dinero imprudentemente.

—Sé que eso es cierto —sonrió rápidamente. Para algunas cosas, la billetera de Montrose estaba más apretada que un tambor. Sin embargo, para otras causas, Ophelia podía apelar a su generosidad si formulaba sus peticiones de cierta manera. Al menos, siempre estaba dispuesto a escuchar su opinión, aunque no siempre estuviera de acuerdo con ella.

—¡Mira esto! ¡Seda! —exclamó Gertie mientras sostenía una delicada camisa blanca y la agitaba en el aire hacia Ophelia—. El duque tiene un gusto excepcionalmente bueno en ropa interior.

Sonrojándose ahora, Ophelia rápidamente le arrebató la camisa a Gertie. Dobló cuidadosamente la prenda para colocarla con varias otras prendas interiores que él le había regalado.

—Estoy segura de que hizo que un sirviente realizara esas compras.

El primo de su difunto esposo era un hombre desconcertante para Ophelia. La experiencia había demostrado que Montrose no hacía nada como se esperaba. Con frecuencia estaba malhumorado, irritable con el personal, y nunca se explicaba a nadie, mucho menos a ella. Había intentado convertirse en su confidente, hacerse útil en lugar de la carga que era, y había sido rechazada muchas veces. Ahora, había hecho todo esto. ¿Cómo podía ser tan amable y generoso pero siempre parecer incómodo cuando ella intentaba agradecerle?

La mujer que había rechazado casarse con él era sin duda una tonta. Había perdido su oportunidad de vivir una vida cómoda con el Duque de Montrose.

—Oh, ahí está, de vuelta de su cabalgata matutina —exclamó Lilly, mirando por la ventana.

Gertie se apresuró a unirse a ella.

Las doncellas suspiraron de una manera que dejaba clara su admiración. Montrose podría

tener mal genio, pero la vista de él caminando por la propiedad, con su apariencia melancólica y despeinado por el viento, tendía a hacer que las sirvientas se desmayaran un poco. Ophelia entendía su atractivo, incluso mientras intentaba desalentar a las demás de hablar de él de esa manera a su alrededor.

En secreto, ella también disfrutaba de la vista. Montrose tenía una figura muy atractiva. Su voz profunda y áspera ponía pensamientos perversos en su cabeza que solo podía aliviar por la noche, sola en la cama que él le había dado.

Ophelia se unió a ellas en la ventana a tiempo para ver al duque desmontar a cierta distancia. Sí, tenía una presencia verdaderamente notable. Era un hombre difícil de ignorar. Sus movimientos eran suaves y capaces, su paso sin prisa mientras llevaba su caballo hacia el establo y cuando desapareció, ella también suspiró.

—Está de buen humor —observó.

Las doncellas también se apartaron de la ventana con otra ronda de profundos suspiros.

—Gracias a Dios por eso. Cuando nos enteramos de que había regresado de Londres con las manos vacías, temimos que tendríamos que andar de puntillas a su alrededor durante semanas.

—Tiene todo el derecho a estar enojado —las reprendió Ophelia.

—Oh, estamos de acuerdo, pero siempre es incómodo cuando anda furioso por la casa. Nada le complace.

Todos los sirvientes de Sherringford sabían que debían desaparecer cuando Montrose estaba de mal humor. Incluso Ophelia lo había considerado una o dos veces. Pero desde la muerte de su esposo, Montrose era la única familia cercana que realmente tenía. Había otros primos, pero vivían lejos y también dependían de la generosidad de Montrose.

Montrose hacía su vida más fácil de sobrellevar de muchas maneras, y lo mínimo que podía hacer era intentar calmar su temperamento si podía.

Él la había acogido, se había asegurado de que tuviera las necesidades básicas cubiertas, e incluso más ahora, pero nunca había mostrado ningún signo de querer confiarle sus preocupaciones. Vivía en vilo temiendo que se cansara de ofrecer su caridad a una mujer casi inútil y la enviara lejos del hogar que había llegado a amar.

Su única opción para una vida estable podría ser aceptar la oferta de matrimonio del Sr. Drayton, aunque ya sabía que nunca podría amar a ese hombre.

Ophelia tomó un sombrero de ala ancha. Era demasiado grande para su cabeza, pero encantador. Aunque odiaba hacerlo, lo apartó junto con las otras cosas que no le quedaban bien.

Gertie agarró inmediatamente el sombrero y se lo probó. —Tampoco me queda bien.

Sin embargo, a Lilly le quedaba a la perfección.

—Puedes quedártelo —murmuró Ophelia, esperando que a Montrose realmente no le importara verlo en la cabeza de otra mujer en el futuro.

Hurgó un poco más en el montón y sacó una pequeña caja cuadrada. Dentro había un delicado reloj de oro unido a un broche y una cadena. Era exquisito y costoso, y le encantó al verlo.

Dejó el nuevo reloj y buscó torpemente el viejo reloj de su marido que llevaba escondido en el bolsillo. Se lo había comprado a su esposo para su primer aniversario. Había ahorrado lo suficiente para comprar lo mejor que podía permitirse.

En el momento del accidente, Paul Shaw estaba consultando este reloj de bolsillo. Tenía prisa por llegar a donde iban a una hora determinada.

Cuando puso el reloj de Paul al lado del de Montrose, parecía decididamente desgastado,

pero contenía tantos recuerdos. La mayoría felices, pero algunos agrisados. Dudó por un momento... y luego se prendió el nuevo reloj al vestido con su brillante broche y cadena.

Paul se había ido.

Guardó el reloj de Paul en un cajón, donde el pasado debía permanecer. Ahora tenía que pensar en el futuro.

—Es precioso —murmuró Gertie, acercándose para admirar su regalo.

—Lo es —Ophelia comprobó la hora—. Y práctico también. Vosotras dos podéis volver a vuestras tareas habituales ahora.

—Muy bien, señora Shaw —Las dos hicieron una reverencia y se apresuraron a salir.

Ophelia se quedó junto a las telas. En realidad, eran demasiado elegantes para el campo, a menos que el duque recibiera visitas con más frecuencia. Pasó los dedos por las sedas, disfrutando del raro lujo. Nunca antes le habían hecho un vestido de seda. El bolsillo de su marido no permitía demasiadas indulgencias frívolas.

Sostuvo un trozo de tela contra su cuerpo y cojeó hasta el espejo.

Arregló los pliegues en una forma agradable, pero deseó poder contar con una modista más experimentada para que le aconsejara cómo convertirlo en un vestido adecuado para la noche. Algo que también agradara a Montrose verla llevar.

Pasó la mano por su cuerpo de nuevo, imaginando que él la tocaba mientras llevaba un hermoso vestido de seda. Un rubor le calentó las mejillas cuando sus dedos rozaron peligrosamente cerca de su monte de Venus. Apartó los dedos de golpe y comenzó a doblar la tela en un paquete ordenado. Demasiadas veces su mente divagaba hacia las intimidades que se satisfacían mejor en el dormitorio y últimamente incluían a Montrose colmándola de afecto.

Era una tortura pensar en él de esa manera, pero no parecía poder detenerse.

—¿Te gusta más ese color que los demás? —preguntó Montrose de repente.

Ophelia se sonrojó intensamente al notar al duque reflejado en el espejo. Estaba en la puerta de su dormitorio, despeinado y con el pelo revuelto por el viento tras su paseo a caballo. Una oleada de lujuria la golpeó con fuerza y miró rápidamente la tela para ocultar sus ojos por si él lo notaba. No es que lo hubiera notado antes. Tragó saliva para calmar su nerviosismo y le sonrió. —Nunca había visto una tela de este tono exacto antes. Es preciosa. Gracias de nuevo.

Él asintió. —Olvidé mencionar ayer que he contratado a una modista de Londres para que venga a Sherringford a reunirse contigo. Madame du Clair y su ayudante se quedarán un mes para confeccionarte un guardarropa completamente nuevo.

Ophelia se quedó boquiabierta.

Él se encogió de hombros. —No podemos permitir que esas sedas sean destrozadas por manos locales inexpertas.

—Gracias.

Él rechazó su agradecimiento inmediatamente con un gesto. —He pedido que lleven el té a tu salón para los dos. Úneteme cuando tengas un momento.

Y luego desapareció. Se esfumó de la puerta del dormitorio de Ophelia antes de que ella pudiera siquiera formular una respuesta. Realmente debería agradecerle de nuevo todo lo que había hecho por ella en el último año más o menos. Era un buen hombre, pero muy difícil de conocer.

Ophelia se apresuró tras él, alisándose el pelo por el camino. Tenía que afrontar los hechos. Montrose había sido decepcionado por otra mujer y estaba sufriendo.

Cuando entró en el salón, Montrose estaba de espaldas a ella junto a una ventana. Su postura

estaba rígida de nuevo, y la energía en la habitación hizo que su piel se erizara de alarma. No había superado su decepción, y ella deseaba tanto ayudarle a ver que aún había esperanza de que pudiera hacer el enlace que deseaba.

Pero tendría que ir con cuidado al ofrecer cualquier consejo. —¿Querías verme?

—Sí —Suspiró—. Vi lo que hiciste esta mañana en las habitaciones de la duquesa en preparación para mi matrimonio.

Unos cuantos cojines más en la silla y el sofá, un cambio de cuadro colgado en las paredes y una limpieza a fondo no era mucho, pero era todo lo que se había sentido segura de poder alterar sin consultarle primero. —No tenía tu permiso, y ahora...

—No estoy molesto. Fue muy amable de tu parte pensar en ello, realmente, considerando las circunstancias. Hermosamente hecho. Solo quería darte las gracias por tus esfuerzos.

—De nada —Quizás su pequeña atención al arreglar el apartamento de la duquesa servía un poco para devolverle todo lo que había hecho por ella después de todo. Cojeó hasta una silla—. Por favor, siéntate, excelencia.

Se dirigió hacia ella, y Ophelia intentó no tragar saliva mientras sus entrañas se contraían. No por nervios, sin embargo, sino por la anticipación de estar a solas con él y tal vez sentir el roce de su mano en su codo. —Llevas puesto tu nuevo reloj —murmuró.

Ella se llevó la mano al reloj. —Es absolutamente encantador. Justo lo que necesitaba.

—Me alegro —dijo él. Se hundió en una silla colocada ligeramente al lado de la de ella con otro suspiro cansado mientras estiraba sus largas piernas.

—Pareces cansado. ¿No dormiste bien anoche, excelencia?

—Lo suficiente.

Probablemente seguía dándole vueltas a esa mujer, la que lo había decepcionado. La bandeja del té ya había sido servida, así que sirvió té para ambos, y habría ofrecido la taza al duque, excepto que él la alcanzó primero.

—¿Tuviste un agradable paseo a caballo esta mañana?

—Así fue.

—Parece un día glorioso para estar al aire libre.

—Hay nubes en el horizonte lejano —refunfuñó.

A pesar de su tono, ella sonrió. Lo veía más en los días lluviosos. —Entonces será mejor que pasee por el jardín más cercano a la mansión antes de que llegue la lluvia. ¿Te gustaría acompañarme?

Él pareció dudar, pero luego negó con la cabeza. —Desafortunadamente, tengo trabajo que requiere mi atención —Montrose respiró profundamente, con los ojos bajos hacia su taza—. Supongo que aún quieres saber qué pasó en Londres.

Montrose era un hombre orgulloso, y ella entendía que estaba muy molesto por la mujer que lo había rechazado. —Solo quiero entender —murmuró Ophelia, bajando también la mirada hacia su taza—. No sé por qué una dama rechazaría la oportunidad de ser tu duquesa. Debería haberse sentido honrada.

—Oh, ella se sintió honrada de aceptar el título —admitió con tono amargo—. Simplemente no quería al hombre que viene con él.

Ophelia levantó la mirada, odiando escucharlo tan abatido. —Tonterías.

Él permaneció en silencio durante un largo rato. —Dijo que esperaba ser cortejada. Se imaginó que intentaría hacer que se enamorara de mí antes de casarnos. Cuando no alcancé esas elevadas metas, ella lo terminó.

Ophelia estaba asombrada por su franqueza, pero también contenta por ello. —Esperaba mucho en tan poco tiempo de conocerse. Debería haber sabido que enamorarse no siempre es un flechazo. La mayoría de las veces, los sentimientos afectuosos crecen con el tiempo.

—Ella no estaba dispuesta a esperar. Quería lo que tú tenías con mi primo. Quería que la deslumbrara.

—Entonces era una tonta. Pensar que no podrías hacer eso por ella fue hacerte una injusticia.

—Yo también fui impaciente —concedió.

—Tal vez, pero ¿no es así como se hacen muchas uniones en la sociedad? —Esperó a ver su asentimiento antes de continuar—. Si te hubiera dado más tiempo, habría tenido toda la prueba que necesitaba de tu buen corazón y generosidad. Vaya, has hecho más por mí de lo que nunca necesitaste. Habría cantado tus alabanzas si alguna vez la hubiera conocido.

Cuando él apartó la mirada, Ophelia supuso que lo había avergonzado con sus elogios. A él no le gustaba escuchar la verdad sobre su propia bondad. A veces era un poco brusco. A menudo, si era completamente honesta al respecto. No charlaba ni encantaba. Nunca. Pero una vez que una dama aceptaba la limitación en sus modales, aprendía a buscar las pequeñas cosas, las bondades inesperadas que hacía tan bien. Había aprobado muchos ajustes en Sherringford para acomodar su movilidad limitada. Incluso había cedido varias habitaciones para que Ophelia nunca tuviera que intentar subir las escaleras para ir a la cama cada noche.

—Solo hice por ti lo que Paul habría esperado.

Ella no creía eso. Paul le había dicho al comienzo de su matrimonio que nunca esperara que saliera algo bueno de su conexión con el Duque de Montrose. Paul había hecho un gran perjuicio a su primo, en su opinión. —Has sido muy bueno conmigo, y estoy segura de que la dama adecuada se enamorará de ti. Solo tienes que dar a la gente la oportunidad de conocerte como yo lo he hecho.

Él la miró. —Sus acciones me han humillado.

—Lo sé, pero puedes superar la decepción —le prometió. Ella entendía todas las cosas que él no le estaba diciendo en su actual estado de angustia. El Duque de Montrose y su esposo habían sido criaturas muy diferentes. Donde su difunto esposo había sido extrovertido, Montrose era reservado, casi pareciendo frío a veces. Esa reserva, confundida con desinterés y rudeza, tendía a poner a muchos en su contra.

La gente decía que a Montrose no le importaba nadie. Ophelia sabía que no era así. Le importaba más de lo que quería revelar.

Pero Montrose no estaba por encima de actuar por despecho contra un adversario. Su padre lo había criado para desconfiar de los demás, especialmente de los de su propia familia, y era ambicioso. Su esposo le había contado historias de Montrose que la habían hecho desconfiar de él cuando se conocieron. Sin embargo, desde que había venido a vivir a Sherringford, desde el accidente, nunca había temido que Montrose se volviera contra ella.

A pesar de toda esa brusquedad desagradable en su pasado, lo encontraba un compañero notablemente estable. Dada su perspectiva única y su lugar en su hogar, no tenía duda de que Montrose se tomaba muy en serio el confort de su familia. Simplemente no le gustaba que nadie asumiera que los rescataría de sus propias tonterías cada vez que hicieran un desastre de sus vidas.

Ophelia creía firmemente que la mujer con la que Montrose finalmente se casara sin duda llegaría a sentirse muy amada.

El duque simplemente tendría que comenzar su búsqueda de esposa de nuevo la próxima

temporada. Mientras tanto, tal vez, había una forma en que ella podía ayudarlo a entender que cuando se trataba de asuntos del corazón, la paciencia era imperativa. Aún debería tener fe en que había alguien destinada para él. Simplemente no la había conocido todavía.

—Estaría encantada de prestarte cualquier ayuda que pudieras necesitar, para que estés mejor preparado para cortejar a una novia cuando se presente la próxima oportunidad.

Su ceño se frunció lo suficiente como para agrietar la tierra. —¿Qué te hace pensar que quiero pasar por ese infierno de nuevo?

Ophelia no tenía el menor miedo a sus ceños fruncidos a estas alturas. —Tienes el deber de casarte, y lo sabes. Estoy segura de que, con el tiempo y las circunstancias adecuadas, encontrarás fácilmente a la novia perfecta. Tu duquesa solo está esperando ser deslumbrada en algún lugar. Además, nunca dejarías que tu primo heredara Sherringford por falta de un hijo.

Su rostro se oscureció aún más.

Ella continuó. —Exactamente mi punto. Así que necesitarás una nueva novia... y quizás un poco de práctica con las damas.

Él frunció el ceño. —¿Práctica en qué? Difícilmente soy un inocente.

Ophelia se sonrojó. Por supuesto, también había oído hablar de las escapadas sexuales de Montrose por parte de Paul. Algunas de ellas habían sido historias bastante escandalosas. Montrose era un hombre atractivo y sin duda sería perseguido por damas en busca de un amante o protector. Pero necesitaba una esposa, la dama adecuada, para casarse y darle un heredero. Aunque sería algo atrevido hablar de los antiguos amoríos de un hombre, al tratar con Montrose podría ser prudente ser igual de directa.

—Y yo soy una mujer casada de mente abierta. Deberías seducirme.

Su rostro se tornó lentamente de un alarmante tono púrpura.

Ella se inclinó para agarrarle la mano.

—¿Montrose? ¿Estás bien?

De repente, él negó con la cabeza.

—Creo que no he oído bien. ¿Acabas de sugerir que podría seducirte?

—Oh, no quería decir... —Sacudió la cabeza y se rio para ocultar su desliz—. No quería decir que me sedujeras a *mí* realmente, sino que practicaras cómo *podrías* hacerlo con la mujer adecuada, para que ella viera lo fácil que sería enamorarse de ti. —Forzó otra risa, pero era demasiado esperar que Montrose se riera con ella.

Ophelia se aclaró la garganta. Montrose necesitaba a alguien que pudiera divertirlo mejor de lo que ella jamás lo haría. Ophelia le haría ver eso un día no muy lejano. Si lo empujaba a abrirse un poco más cada día, seguramente descubriría dónde se equivocó la última vez.

—A las mujeres les gustan los hombres poderosos que susurran dulces seducciones. Pero también les gustan los hombres que no tienen miedo de esforzarse por parecer un poco embobados. —Él parecía a punto de protestar, pero ella levantó la mano—. Entiendo que no te guste mi sugerencia. Eres un hombre muy reservado, lo sé. Te prometo que lo que hablemos no irá más allá de mis oídos. Practica el cortejo conmigo, aquí en privado, y estoy segura de que tendrás el tipo de esposa que deseas en un abrir y cerrar de ojos.

Él la estudió durante un largo momento.

—¿Tú crees?

Ella asintió con entusiasmo porque él no se había negado de inmediato.

—Oh, absolutamente. Una semana conmigo y te sentirás como un hombre nuevo, listo para enfrentarte de nuevo al mercado matrimonial.

Y entonces él se marcharía de nuevo, se embarcaría en otra búsqueda y tal vez tendría éxito por segunda vez. La idea la deprimió.

—¿Y si no funciona? ¿Y si realmente soy imposible de amar?

—Oh, Montrose. Eso simplemente no es cierto. —Montrose era demasiado adorable en su opinión. Sentada a solas con él ahora, se sentía atraída hacia él de muchas maneras inapropiadas. Pero las necesidades de Sherringford y la familia eran lo primero. No podía retractarse de su oferta—. Al final de la semana, tú y yo nos conoceremos mucho mejor de lo que lo hacemos ahora, y descubrirás que no todo está perdido.

Su mirada se estrechó sobre ella.

—Me gustaría conocerte *mejor* antes de casarme.

Ophelia intentó no sentirse triste. Una esposa siempre se interpondría entre ellos. Siempre había sabido que perdería la poca atención que tenía de él cuando se casara.

Ophelia le lanzó una mirada furtiva solo para descubrir que él la observaba con una pregunta en sus extraordinarios ojos verdes. Su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho mientras el momento se alargaba. Sí, ella había querido conocer mucho mejor al duque durante tanto tiempo, pero nunca había tenido una buena razón para intentar persuadirlo de ese tipo de conversación. Ahora tenía la excusa perfecta para descubrir qué significaban realmente sus largos silencios y duras miradas. Conocerlo mejor la ayudaría a prepararlo para otro cortejo. Levantó la barbilla.

—Me gustaría eso.

CAPÍTULO 4



HARRY SE SENTÓ en el borde de una delicada silla dorada en el salón este, al final de la tarde siguiente, lejos de los ojos y oídos indiscretos de sus sirvientes, esperando que el maldito mueble no se rompiera antes de que Ophelia lo liberara.

Frente a él, la esposa de su difunto primo hablaba sin parar sobre las cosas que podría decir para impresionar a una mujer.

Aunque no lo pareciera para nadie más, cada sílaba que ella pronunciaba llenaba a Harry de satisfacción... y también lo torturaba. Su primo se había casado bien, pero no había tenido los fondos para mantener a Ophelia en el estilo que ella merecía, en su opinión. La muerte de Paul le había permitido a Harry asumir el papel que había deseado desde el momento en que conoció a Ophelia y se enamoró perdidamente.

—Estoy de acuerdo —murmuró en el momento oportuno.

Ophelia sonrió alentadoramente.

—¿Y?

Oh, demonios. Se esperaban más palabras. Harry había prometido dejar que ella lo instruyera sobre cómo cortejar a una esposa, sin saber lo doloroso que sería. Siempre la había deseado con un anhelo que nunca desapareció, y fingir decir cosas bonitas destinadas a otra persona parecía increíblemente inútil.

No debería anhelar la compañía de la esposa de su difunto primo de esta manera, y había intentado dejar de lado su anhelo por ella hace tiempo. El accidente —culpa de su primo— los había reunido de nuevo.

Pero cada vez que veía a Ophelia, era como la primera vez que se habían conocido. Ella lo dejaba casi sin palabras sin siquiera intentarlo.

Se preguntó, no por primera vez, si era un tonto. Ophelia obviamente no tenía idea de lo que él sentía por ella. Y él no tenía la sutileza para insinuarlo. Ella lo consideraba un familiar generoso, un benefactor benevolente, ofreciendo la caridad de su apoyo como lo hacía con otros parientes dependientes.

Él no había sido caritativo; había sido completamente egoísta. Mantener a Ophelia recluida bajo su techo para saber dónde estaba en todo momento lo beneficiaba más a *él* que a ella. Le permitía cumplir con los deberes de la señora de la casa porque eso evitaba que se concentrara en su pérdida, tanto de su esposo como de su pie faltante.

No es que a Harry le importara que ella caminara con cojera, o que continuamente intentara

ocultar su discapacidad de su vista. Él entendía muy bien sus limitaciones físicas ahora. Había ordenado a sus sirvientes que la vigilaran en todo momento, sin importar lo que ella dijera.

—Estoy totalmente de acuerdo. Las enredaderas de rosas en el lado este de la casa necesitan ser podadas. Haré que el jardinero se ocupe de ello de inmediato.

No le importaban las enredaderas de rosas. Podían ahogar la casa por lo que a él le importaba. Lo que importaba era que Ophelia estuviera feliz y bien. Todavía tenía pesadillas sobre lo cerca que había estado de perderla.

Por supuesto, nunca había *tenido* realmente a Ophelia, lo cual era la mitad de su problema. No podía dejar de desearla. Había llegado tan lejos como para huir a Londres para encontrar una novia y así evitar arruinar todo entre ellos. La maldita mujer que había elegido para ser su duquesa había cambiado de opinión, dándole sus órdenes de marcha bastante groseramente, casi en el último momento.

Ahora estaba de vuelta, y enfrentándose al peor tipo de tortura y tentación que jamás había soportado.

Ver a Ophelia caminando hacia el carruaje con el vicario lo había puesto en un estado terrible, ¡y luego el maldito tonto la había hecho tropezar solo para poder acercarla! No le gustaría nada más que enviar a Drayton lejos de ese beneficio y poner a un anciano con esposa en su lugar. Drayton influía demasiado en Ophelia para la comodidad de Harry. Pero estaba agradecido de que el viejo tonto meneante tuviera menos oportunidades de ganarse el afecto de esta mujer que las que tenía Harry.

Ophelia nunca podría amar a ninguno de los dos. Ninguno de ellos se parecía en nada al gregario primo con el que se había casado y perdido. Paul Shaw, con su risa contagiosa, su gran espíritu y su amor por la aventura, sin duda había sido el centro de su mundo.

La cantidad de veces que ella había llamado a Paul durante sus fiebres le había partido el corazón.

—Recibí una carta del señor Shaw esta tarde —anunció de repente.

Harry entrecerró los ojos. Un primo varón viviendo podía encontrarse en Brighton, y era una fuente constante de molestia para Harry.

—¿Qué pidió Nigel esta vez?

—Oh, nada. El señor Shaw escribió para decir que se ha casado.

Harry se balanceó sobre dos patas de su silla, olvidando sus modales y su compañía actual.

—¿Shaw no puede estar posiblemente casado?

—En efecto, lo está. Con la antigua señorita Whitcombe, también de Brighton.

Un crujido ominoso hizo que Harry enderezara cuidadosamente su silla antes de que colapsara bajo él.

—Debe estar loca de remate para aceptarlo.

Ophelia chasqueó la lengua en desaprobación por su crítica. Él se mordió la lengua para no decir más contra su primo o la mujer.

—La señorita Whitcombe es encantadora, dulce y amable, bastante inteligente.

—¿Inteligente? Al menos uno de ellos puede afirmar tener esa distinción —reflexionó en voz alta. Nigel lo sacaba de quicio. Siempre se había metido en un lío tras otro cuando era más joven que, después de que él heredara, le había costado a Harry dinero o tiempo para resolver. Harry lo había enviado a vivir a una propiedad que poseía en Brighton, para que Nigel finalmente aprendiera a valerse por sí mismo o pereciera en el intento.

Lo último no había sucedido hasta ahora. Ophelia se había convertido en su defensora.

Miró a Ophelia de cerca ahora. Obviamente, ella estaba a favor de la unión.

—¿La has conocido?

—Oh, sí. Paul me llevó a Brighton el primer año que estuvimos casados, y ahí fue donde conocí por primera vez al señor Shaw, y también a la señorita Whitcombe. Cenamos con sus padres y su hermano, y son una conexión bastante digna para un pariente del Duque de Montrose. —Ella le lanzó una mirada rápida, y una suave sonrisa curvó sus labios—. Noté incluso entonces que él la favorecía. Me sorprende que le haya tomado tanto tiempo proponerse, pero de nuevo, estamos hablando de Nigel Shaw. Supongo que su padre podría no haberlo considerado lo suficientemente inteligente como para mantener a una esposa, a pesar de su conexión contigo.

Harry también lo había pensado.

—El primo Nigel aún no me ha informado que se ha casado.

—Estoy segura de que lo hará. —Parecía ligeramente incómoda—. Quizás su carta aún está esperando ser abierta.

Probablemente Nigel aún no le había escrito. Probablemente esperaba que Ophelia ablandara a Harry con la idea antes de escribir para pedir fondos adicionales. Tanto el señor Shaw en Brighton como la señora James, una pariente femenina que vivía en Gales, le habían escrito regularmente a Ophelia desde su llegada a Sherringford. Les agradaba más Ophelia que él, aunque él los apoyaba a todos bastante generosamente.

A Harry también le gustaba más Ophelia.

Cruzó una pierna sobre la otra, esforzándose por parecer cómodo y relajado. En realidad, comenzaba a excitarse debido a su prolongada proximidad. Ophelia siempre tenía un efecto en su libido. Normalmente mantenía sus conversaciones lo más breves posible, para no empezar a desvestirla en su mente y luego, Dios no lo quisiera, con sus manos.

Si la ofendía revelando su interés, podría alejarla. Eso era lo último que quería hacer.

—Excelencia —lo llamó.

Harry dirigió su atención al rostro de ella, avergonzado de que sus pensamientos se hubieran desviado hacia el imposible placer de intimar con ella de cualquier manera. Su miembro se estremeció cuando ella se humedeció los labios.

No podía quedarse más tiempo. —Discúlpeme, debo ir a buscar esa carta.

Su sonrisa fue rápida y alentadora. —Por supuesto, podemos comenzar de nuevo mañana. Quizás a las diez. Aquí otra vez.

Él asintió y se puso de pie, girando rápidamente antes de que ella pudiera notar el abultamiento en su entrepierna. Podría soportar otra hora aquí mañana si fuera necesario. Una hora y no más que eso, luego tendría que huir. Cualquier cosa para hacerla sentir que su opinión era valorada.

Ella parecía bastante interesada en verlo casado con otra persona, así que eventualmente la complacería.

Pero no de inmediato. No este año. Harry soportaría estas lecciones que Ophelia insistía que necesitaba. Probablemente sí las necesitaba, en realidad. Las mujeres tendían a encontrar sus modales bastante deficientes y su conversación demasiado breve.

Ella lo llamó antes de que llegara a la puerta. —Los mejores matrimonios comienzan con aprecio mutuo y deseo. Montrose, nunca fue solo tu culpa que ella no te correspondiera.

Harry estudió el pestillo de la puerta. Ophelia era amable al decir eso, pero estaba equivocada. Él era el culpable. ¿Quién podría amarlo si Harry secretamente amaba a otra? Él

apreciaba y deseaba a Ophelia, pero estaba completamente equivocado para ella. Eran muy diferentes. Ella tan luminosa y amorosa. Él oscuro e incapaz de tolerar sus propias emociones.

Ophelia nunca lo admiraría de la manera en que había admirado a su difunto esposo. Él no tenía suerte cuando se trataba de las damas. No tenía el aspecto ni el encanto fácil que atraía a las mujeres.

Ocultó su decepción detrás de una versión de la verdad que ahora podía admitir libremente. —No, y yo tampoco la amaba. Era bonita, tanto como la siguiente mujer, supongo, y tenía una gran dote.

—Te prometo que la mujer adecuada encontrará su camino hacia ti.

Como en su mente ya había encontrado a la mujer que deseaba, Harry simplemente asintió y salió al oscuro pasillo.

Esta parte de la mansión había sido reservada para el uso personal de Ophelia. Ella la había redecorado teniendo en cuenta sus propias necesidades. Sillas suaves y bien acolchadas, taburetes y almohadas, y ninguna alfombra en el suelo que pudiera hacerla tropezar. Incluso con los suelos desnudos, era más acogedor que cualquier otro lugar de la mansión, aún en la oscuridad. Ophelia pasaba la mayor parte de su tiempo aquí, dirigiendo su hogar con gran capacidad con la ayuda de su personal.

Él se mantenía alejado, optando por evitarla por el bien de su cordura, y se aferraba a cualquier excusa para pasar la mayor parte de sus días en los terrenos de la propiedad.

La mansión estaba tranquila a esta hora de la noche, y sus pasos resonaban a través de las habitaciones sin usar. Una vez le había gustado la quietud, la paz de vivir solo. Sin embargo, todo había cambiado cuando trajo a Ophelia de vuelta con él, aún para recuperarse. Ella lo había hecho sentir solo cuando estaban separados por cualquier periodo de tiempo. Nunca había conocido a nadie con su coraje o determinación, y por mucho que se sintiera atraído por ella, hacía todo lo posible por mantener la distancia.

Ella regularmente lo hacía cuestionarse sus acciones, sus decisiones y opiniones. Y ya, en un día desde su regreso, había llegado a ver por qué debería estar agradecido de haber sido rechazado.

Nunca habría sido feliz con la señorita Hayes como su esposa.

Estaba a punto de entrar en su despacho cuando apareció un lacayo. —Ha llegado un mensaje del señor Nash, excelencia. Lo he colocado en el centro de su escritorio.

Asintió y se dirigió a su despacho. El contenido era breve y directo. Los Johnson habían abandonado sus herramientas y huido de su castigo, dejando a su hermana atrás, sola y desprotegida. Nash y su esposa habían acogido a la chica por la noche, pero habría que hacer algo por su bienestar mañana.

Nash sugirió que la chica podría ser una buena compañera para la futura duquesa de Montrose, una institutriz para sus futuros hijos. La señorita Johnson era demasiado joven para cumplir cualquiera de esos roles todavía.

Ophelia ya se había interesado por la chica. Querría tener voz en el futuro de la joven, y tal vez le gustaría que él educara a la chica para asumir tal posición en Sherringford.

Él no tenía ninguna objeción a eso, siempre que fuera menos problemática que sus hermanos mayores.

Ophelia visitaría a los Nash sola mañana, a menos que Harry dejara claro que tenía la intención de ir también. El vicario también podría estar allí. Se los imaginó de pie muy juntos en la oscuridad, y a Drayton ofreciéndose a acompañar a Ophelia a casa.

Levantó la cabeza, decidido a que eso no sucediera. La acompañaría a casa de los Nash y se quedaría para mantener al viejo tonto a distancia.

¿Habría escrito Maggie Nash a Ophelia también?

Lo más probable es que sí, pero no recordaba haber visto una carta para ella en la mano del lacayo hace un momento.

Harry escribió una nota al señor Nash, prometiendo visitarlo tarde mañana y llevar a Ophelia con él, y envió al lacayo con ella.

Decidiendo informar a Ophelia sobre ayudar a la joven Johnson, Harry se dirigió de nuevo a las habitaciones de Ophelia. Era tarde ahora, pero Harry encontró fácilmente su camino a través de la casa oscura.

La puerta de la sala de estar del este estaba ligeramente entreabierta, y él la empujó para abrirla.

Debería haber llamado.

Ophelia estaba acostada de espaldas en el sofá con sus faldas levantadas por encima de las rodillas. No debió haberse dado cuenta de que la puerta no estaba bien cerrada, porque si lo hubiera hecho, Ophelia no estaría haciendo lo que estaba haciendo en ese momento.

Estaba dándose placer a sí misma.

Muy vigorosamente, además.

Harry no podía respirar, aunque encontró el ingenio para retroceder al oscuro pasillo.

Pero recordó todo.

Los ojos de Ophelia estaban cerrados mientras sus dedos frotaban su intimidad y luego se sumergían profundamente en su interior. La humedad brillaba en las puntas de sus dedos mientras reanudaba su placer con un abandono asombroso.

Puso su mano en el pomo de la puerta y lo agarró con fuerza... y miró dentro una última vez antes de que tuviera la intención de cerrarla.

—Harry —susurró ella mientras su espalda se arqueaba—. ¡Por favor!

Ophelia nunca había usado su nombre de pila, o apodo, que él recordara. Pero tampoco la había oído mencionar a nadie más con ese nombre.

¿Estaría pensando en él?

Harry se dio cuenta de que no podía mover ni un músculo. No podía apartar los ojos del rostro hermosamente contorsionado de Ophelia. Sus labios rosados se entreabrieron para suspirar y gemir, y sus dedos permanecieron sobre su clítoris mientras repetía su nombre una y otra vez. Sus mejillas estaban deliciosamente sonrojadas, y su miembro se hinchó sin que pudiera controlarlo.

Esta era la verdadera Ophelia, no la viuda educada y cortés que creía haber llegado a conocer.

Ophelia se retorció. Sus piernas, incluso la que le faltaba un pie, se hundieron bajo las almohadas del extremo mientras sus caderas se arqueaban repentinamente en el aire, y luego se desplomó. Alcanzó el clímax muy silenciosamente, con la mano presionando con fuerza sobre su boca, ahogando cualquier sonido.

Se quedó muy quieta, con los ojos fijos en el techo sobre ella. Bajó la mano lentamente y se lamió los labios. Cuando se esforzó por incorporarse, Harry se retiró fuera de su vista, pero sentía curiosidad por saber qué haría o diría a continuación.

Se asomó desde las sombras. Ophelia se había inclinado hacia adelante y se había cubierto el rostro con las manos, pero oyó sus palabras con mucha claridad.

—¿Qué estoy haciendo, soñando con él otra vez?

¿Otra vez?

Harry no pudo contener la sonrisa que se dibujó en su rostro.

Ella había pensado en él, más de una vez, había fantaseado con que le hacía el amor.

Pero se avergonzaba de ello...

Sin embargo, a él también le pasaba a veces, cuando pensaba en ella.

Animado por la primera esperanza que se había permitido sentir respecto a Ophelia, borró las emociones de su rostro y cuadró los hombros. Si él pensaba en ella, y ella pensaba en él, tal vez por fin podrían llegar a algo.

Juntos.

Volvió a mirar por la puerta y la encontró sentada exactamente como la había dejado la primera vez. Compuesta y perfectamente dama. Pero ahora la había visto de otra manera... y no descansaría hasta volver a hacerlo.

Llamó y entró en la habitación.

Ophelia soltó un grito ahogado. —¡Montrose! ¡Oh, me has asustado!

Aunque parecía completamente compuesta, su bota especialmente hecha para el pie que le faltaba yacía aún a cierta distancia. La recogió al entrar en la habitación. Las noticias sobre la familia Johnson podían esperar hasta mañana. No veía ningún indicio de una carta.

—Lamento mucho molestarla —murmuró—. Se me ha ocurrido una idea. En lugar de reunirnos aquí, ¿le gustaría visitar el lago conmigo mañana?

—¿El lago? ¿Ocurre algo malo allí?

—No. No pasa nada —dijo Harry muy rápidamente, buscando una razón inocua para llevarla tan lejos de todos. Nunca lo había hecho antes, así que le parecería inusual—. Tal vez podríamos dar su próxima lección allí, donde nadie pueda oírnos.

—Es cierto que necesitamos practicar la conversación mientras caminamos —reflexionó, sin ver aparentemente nada sospechoso en su petición.

—Excelente —dijo rápidamente antes de que pudiera cambiar de opinión—. Saldremos temprano, digamos ¿a las nueve?

—Muy bien —aceptó Ophelia, y luego pareció dudar mientras miraba a su alrededor—. ¿Puedo recuperar eso?

Miró el pie de madera que tenía en la mano y negó con la cabeza. La prótesis le había causado dolor al ponérsela en los primeros días de su recuperación. Especialmente por las noches, había dicho una vez. No se había quejado de dolor desde su regreso, pero a menudo se acostaba más temprano que él. —La ayudaré a acostarse, si quiere.

Tal vez le gustaría acompañarla allí también, ahora, pero se advirtió a sí mismo que no debía apresurarse. No tenía mucha suerte en su vida amorosa, y Ophelia era la única mujer con la que no podía fallar.

Se acercó y la tomó en sus brazos, incluso cuando ella emitió un sonido de negación. Sin embargo, no protestó demasiado, y él esperaba saber por qué. Harry había cargado a Ophelia cuando había estado gravemente enferma, levantándola cuando había que cambiar la ropa de cama durante su recuperación. Ayudándola a subir y bajar de los carruajes y las posadas de camino a casa. Su fuerza había sido beneficiosa para ella cuando estaba demasiado cansada o débil para moverse por sí misma.

Desgraciadamente, había olvidado lo tortuoso que había sido para él tenerla tan cerca.

La llevó por la habitación, inhalando su perfume y el aroma subyacente de su excitación en el

aire.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta, y la empujó con el pie para abrirla y entrar con ella. No había ningún sirviente a la vista, y se quedó de pie en el centro de la habitación, sosteniéndola por un momento cerca de su pecho, indeciso sobre si podría soltarla alguna vez.

—El taburete junto a la cama —sugirió ella en voz baja.

Agradecido por la indicación, Harry se dirigió hacia allí y la dejó suavemente. Al soltarla, permitió que sus dedos acariciaran lentamente su columna... y rozaran también la parte posterior de sus muslos.

Ophelia era una mujer suave y delicada.

Y él la deseaba desesperadamente.

Retrocedió, dándose la vuelta. —Mañana enviaré un regalo de bodas a nuestra prima de Brighton. ¿Son suficientes cincuenta libras?

—Más que suficiente, Montrose. Es un gesto muy amable —le respondió a sus espaldas.

Mañana se dedicaría a aprender a cortejar a una esposa. Ophelia sería la instructora involuntaria de su propio futuro en ese papel. No descansaría hasta que ella lo llamara Harry a la cara. No estaría satisfecho hasta que ella admitiera que tal vez también lo amaba.

CAPÍTULO 5



OPHELIA SE AFERRABA al costado del pequeño carruaje, aún asombrada de que Montrose hubiera decidido llevarla consigo en un paseo matutino. Normalmente, él se sumergía en diarios y cuentas desde la mañana hasta el almuerzo. Después de un segundo paseo diario, daba instrucciones a quienes trabajaban para él hasta mucho después de que ella se fuera a la cama. Que no estuviera trabajando o cabalgando por alguna parte de la finca era algo sin precedentes. Tenía una rutina a la que se adhería estrictamente. Una que ella había aprendido a vivir y que incluso encontraba reconfortante.

Pero él se había presentado con su habitual actitud práctica en el vestíbulo a las nueve en punto. La había colocado en el carruaje abierto él mismo y partieron de la mansión sin que los acompañara un solo sirviente.

No estaba segura de qué había provocado este cambio repentino en su rutina, pero se alegraba. Montrose trabajaba demasiado, en su opinión. Necesitaba relajarse un poco.

Ophelia no cuestionaría sus razones para estar con ella hoy por temor a que cambiara de opinión sobre darle lecciones. Pensaba que había logrado un progreso significativo al conseguir su acuerdo. Él había perdido ese tono defensivo cuando hablaba de Londres.

Y era agradable estar más o menos a solas con él, lejos de la atmósfera silenciosa de sus días típicos y de cualquier sirviente que pudiera permanecer cerca. No es que su salida fuera realmente diferente a cualquier otra. Montrose permanecía en silencio mientras conducían. Pero su muslo presionaba continuamente contra el de ella en el estrecho espacio, haciéndola dolorosamente consciente de que él era un hombre... y que lo encontraba atractivo.

Afortunadamente, esa incomodidad solo la sentía *ella*. Los sentimientos y anhelos que había sido incapaz de apartar continuaban. Hacer el amor de nuevo era una fantasía frecuente suya. Pero Montrose nunca consideraría llevarla a su cama. Él no pensaba en ella de esa manera. Para él, era la viuda de Paul, afligida hasta el final de sus días, probablemente. Pero ella ya no estaba de luto. Había dejado a un lado su duelo y quería reanudar una vida plena. Eso incluía la intimidad con un caballero apasionado.

Cuando el lago apareció a la vista, Montrose la sorprendió girando el caballo en la dirección equivocada, dirigiéndose más allá de él hacia otro lago distante del que solo había oído hablar. El sendero conducía a través de un grupo de árboles altos y era obviamente mucho menos utilizado, porque comenzó a ser sacudida un poco más de lo que le gustaba.

Montrose extendió su mano frente a ella para estabilizarla y evitar que se inclinara hacia

adelante, y luego la agarró por las piernas, atrayéndola con fuerza contra su costado, manejando hábilmente el caballo con una mano y a ella con la otra. Ophelia comenzó a excitarse mientras Montrose la sujetaba y se movían juntos con el balanceo del carruaje. Mortificada, apretó un poco más los muslos, esperando no avergonzarse gimiendo en voz alta.

El carruaje llegó a una zona particularmente densa junto al sendero, y ella extendió una mano para apartar las ramas más cercanas.

—Ten cuidado —murmuró Montrose, y sus dedos se apretaron aún más sobre ella—. Se vuelve más estrecho por un rato más.

Fiel a su palabra, los árboles se cerraron, y ella tuvo que acurrucarse aún más cerca de Montrose para evitar el araño de las ramas contra su rostro, lo suficientemente cerca como para apoyar la mejilla en su hombro. Respiró profundamente el aroma de Montrose y se aferró a su brazo por seguridad.

Por un momento, recordó lo que era estar casada. El contacto, la intimidad y una sensación de pertenencia habían sido suyos en cualquier momento, y echaba de menos eso.

Finalmente se detuvieron, y mientras Ophelia se enderezaba, apartó sus pensamientos de sus propios anhelos para mirar a su alrededor con asombro. Nunca antes había estado en este lugar exacto. La vista era tan hermosa que se le cortó la respiración.

Antiguos sauces salpicaban el borde de un lago cercano, sus largas ramas arrastrándose hasta el suelo y dentro del agua. La hierba era larga y espesa, como si ningún ganado hubiera pastado aquí durante algún tiempo.

Montrose desmontó, llevando el caballo y el carruaje hasta un árbol cercano y atándolo allí. Se volvió hacia ella, sus ojos más suaves de lo que ella jamás los había visto.

Se acercó a su lado.

—Espera ahí un momento mientras preparo nuestro lugar.

Ella se giró para observarlo trabajar, subiendo y bajando la ligera pendiente cargando una silla y una cesta obviamente pesada. Se maravilló de su cuidadosa colocación de una manta, la silla baja y la cesta de picnic junto a un sauce llorón, de modo que no estuvieran simplemente amontonados. Nada parecía haberse dejado al azar.

Regresó, su mirada especulativa mientras caminaba hacia ella. Hoy llevaba sus habituales pantalones color ante, camisa blanca y chaleco que hacía juego con su abrigo azul oscuro. Aunque parecía no haber nada diferente en él, ella era más consciente de él de lo que debería. Montrose tenía proporciones admirables, y cuando la levantó del carruaje como si no pesara nada, ella no pudo evitar suspirar en voz alta al sentir sus brazos rodeándola una vez más.

Montrose frunció el ceño.

—No pretendía hacerte esperar tanto tiempo bajo el sol. Perdóname. Estarás más cómoda en la sombra.

Ophelia se sonrojó, agradecida de que hubiera malinterpretado la razón de su suspiro.

—Estaba feliz de esperar, pero debería haberte ayudado.

—Es mi salida —insistió mientras la colocaba en la silla baja y luego se quitaba el abrigo. Se acomodó en la manta junto a ella, estirando sus largas piernas mientras contemplaba la vista del lago cercano.

No se veía un alma. Ni siquiera había señales de estructuras humanas. Solo un pájaro dando vueltas en lo alto y la suave caricia de una brisa cálida en su mejilla.

—No tenía idea de que esta parte de la finca fuera tan hermosa.

—¿No habías estado aquí antes? —Ante la negativa de su cabeza, frunció el ceño de nuevo

—. Debería haber pensado en traerte aquí mucho antes.

—Tienes preocupaciones más importantes que entretenerme.

—No se me ocurre ninguna.

—Valió la pena la espera —prometió ella. Su estómago rugió, y Ophelia señaló la cesta—. ¿Puedo?

—Por supuesto. —Él la acercó un poco más y abrió la tapa.

—¡Oh! —exclamó ella. Había un enorme pastel helado colocado justo en la parte superior. El favorito del duque, de hecho. Lo sacó—. Creo que esto debe ser para ti, excelencia.

Sus labios se curvaron mientras lo tomaba de ella y lo colocaba entre ambos.

—Creo haber oído por ahí que a ti también te gusta el pastel.

—Así es, pero ese es un pastel muy grande —replicó ella.

—Nunca se puede tener demasiado de algo bueno.

Sus palabras la hicieron sonreír. Ella estaba de acuerdo con esa afirmación. Montrose no necesitaría muchas lecciones de ella si así era como organizaba un picnic al que solo ella asistiría. Encontraba encantadora su atención al detalle y no podía entender cómo había fallado en ganar el corazón de aquella otra dama en Londres.

—Ahora, ¿qué más nos ha preparado la cocinera? —preguntó ella. Ophelia desempacó todo, se le hacía agua la boca anticipando los platos dispuestos entre ellos. Fresas frescas, grosellas y hojas verdes, huevos duros y pepinos, salchichas, e incluso pichón.

La cocinera de Montrose había enviado un festín para al menos una docena de personas, en lugar de dos. —¿Esperamos que alguien más se una a nosotros?

—No invité a nadie. ¿Por qué?

—Si comiéramos todo esto, quizás nunca nos moveríamos de este lugar.

—No planeo moverme por un buen rato. —La miró, y luego su mirada recorrió su cuerpo. Frunció los labios por un momento—. Pocos llegan tan lejos, así que si quieres, podrías ponerte más cómoda. Quítate la bota si lo deseas. Siente el viento en tu cabello. Nadie te verá más que yo.

Ophelia iba a negarse hasta que vio que Montrose estaba siguiendo su propio consejo. Comenzó a quitarse las botas, luego aflojó su corbatín y se arremangó las mangas.

Ophelia trató de no mirar fijamente su cuello recién expuesto. La última vez que lo había visto tan desvestido fue en el punto álgido de su enfermedad. Se había quitado el abrigo, el chaleco y la corbata. Solo era un hombre cansado con una camisa de lino arrugada, apretándole la mano mientras ella sufría y lloraba.

Recordaba que tenía vello oscuro en el pecho y brazos muy musculosos. Secretamente había esperado poder verlo así de nuevo.

Un poco avergonzada por el rumbo de sus pensamientos, bajó la mirada hacia sus piernas. No le avergonzaba que Montrose pudiera ver su pierna corta; simplemente no era algo que una dama debiera hacer frente a alguien con quien no estaba casada. Sin embargo, solo era su pierna. No todo su cuerpo, lo cual sí sería escandaloso.

Alcanzó su pie y desató los cordones alrededor de su tobillo. —¿Vienes aquí a menudo?

—Desde que murió mi padre, sí.

Desde el día en que las responsabilidades de la vasta finca se habían convertido en su carga. Pobre hombre. Ella sabía cuánto dependían todos de él.

Ophelia sabía poco sobre el difunto Lord Montrose. Paul le había advertido que nunca mencionara al hombre o a sus esposas. La madre de Montrose había sido la primera novia, pero

había muerto cuando Montrose era muy pequeño. El resto de las esposas habían fallado en darle hermanos al actual duque. Según Paul, Montrose había vivido una infancia solitaria e infeliz aquí solo.

Ophelia se quitó su bota especial y gimió al sentirse libre de la restricción. Casi podía creer que aún podía flexionar los dedos del pie que solo ella recordaba ya.

Montrose miró su pierna por un momento. —¿Aún te duele?

Ophelia también se quitó el sombrero. —Solo si he hecho demasiado.

Montrose hurgó en la cesta de picnic y sacó vino y dos copas. —¿Qué estabas haciendo esta mañana para caminar tanto?

Ella se sonrojó de nuevo. No quería admitirle que estaba caminando por sus habitaciones para combatir el aumento de peso debido a la inactividad. —Nada en particular.

Él le entregó una copa de vino. —Para ti.

Sus dedos se rozaron cuando ella tomó la copa de él, y se estremeció. —Gracias.

Él levantó su copa hacia ella, y las chocaron suavemente. —Por el futuro.

—Sea lo que sea. —Ophelia hundió la nariz en su copa, inhalando, y luego bebió un sorbo. Realmente disfrutaba de la abundancia de las bodegas de Montrose, tanto por placer como por motivos medicinales. Hubo muchas noches no hace mucho tiempo que se hicieron agradables, sin dolor, gracias a la sobreindulgencia del contenido de su bodega. Afortunadamente, Montrose había estado más que dispuesto a satisfacer sus necesidades medicinales. Mantenía sus aposentos bien abastecidos con una variedad de licores—. Delicioso.

—Esperaba que te gustara este en particular. —Él también bebió, apartando la mirada para disfrutar de la vista en silencio.

Ella estudió su perfil. Tenía las pestañas más rectas y largas de cualquier hombre que hubiera conocido. Se apoyaban espesas sobre su piel cuando cerraba los ojos. Anhelaba estirarse y pasar sus dedos por ellas, para descubrir si eran tan rígidas como su postura a menudo lo era o suaves como deseaba que él fuera.

Apartó la mirada, notando que sus manos se habían crispado a sus costados. A menudo estaban así. Usualmente justo antes de que la dejara...

Había algo en su presencia en Sherringford que lo ponía nervioso, aunque nunca insinuaba qué podría ser.

Se preocupaba por lo que habría hecho para molestarlo hoy. La incertidumbre sobre su futuro en Sherringford volvió a pesar en su mente también. Necesitaba saber qué hacer para que su presencia fuera más soportable para él. Solo él podía decirle si debía empezar a pensar en encontrar otro hogar.

Bebió más vino, valor líquido, y luego lo miró. —Necesito preguntarte algo.

—¿Qué?

—Si hubieras regresado casado, ¿qué habría sido de mí?

Su ceño se frunció profundamente. —¿Qué quieres decir?

Se mordió el labio un momento antes de hablar desde su corazón. —Cuando me trajiste aquí después de que Paul murió, no estaba pensando con claridad. No recuerdo si hablamos sobre cuánto tiempo me quedaría.

—Para siempre. —Su respuesta fue inmediata. Definitiva.

Comenzó a picar un poco de todo de los platos dispuestos, y Ophelia también picoteó, observándolo de cerca. Aún no se sentía convencida de que él la quisiera allí.

—¿Qué habría hecho yo? Tu esposa habría querido dirigir la casa, como es su derecho. Yo

no habría tenido nada que hacer más que mirar por las ventanas.

Él apartó la mirada. —¿Es tu vida en Sherringford tan desagradable y aburrida que quieres ir a otro lugar?

—No, no es eso lo que quería decir. Pero este no es mi hogar.

—Puede serlo si quieres quedarte. —Suspiró—. Aún no estoy casado, y eres libre de dirigir la casa como desees. Nada tiene que cambiar —prometió—. Nada en absoluto.

Ella creyó que lo decía en serio, y finalmente se sintió segura de su lugar en Sherringford. No tendría que casarse con el señor Drayton, ni con nadie más, si no los amaba. No tenía que imaginar irse en absoluto o dejar a Montrose solo en esa gran casa. —Gracias.

Él volvió a llenar su copa antes de que ella estuviera lista y luego se recostó de lado, mirándola. —Si no vas a comer, ¿por qué no te estiras a mi lado en la manta y descansas?

El día cálido y el vino eran muy relajantes, y el viaje la había sacudido bastante. Bebió más de su copa y sonrió con ironía. —Temo que si lo hago, me quedaré dormida.

Él tomó su copa y la colocó en el suelo más allá de ellos, junto a la suya. —Estaré aquí para cuidarte.

Ophelia estaba tentada. No era como si alguien pudiera verla, y como él dijo, este era su hogar ahora.

Se acomodó sobre la manta de picnic, y Montrose hizo un bulto con su abrigo para que ella apoyara la cabeza. Era el gesto más dulce que había visto de él, y la hizo sonreír.

—Empiezo a pensar que ofrecerte lecciones es una horrible pérdida de tiempo, Montrose. Sabes exactamente cómo cortejar a una dama.

—Solo el tiempo dirá si eso es cierto —admitió él, y luego se le escapó una suave risa.

Ophelia lo miró asombrada. No había oído reír a Montrose antes. Era un buen sonido viniendo de él ahora, dada su reciente decepción y la discusión sobre su futuro en Sherringford. Significaba mucho para ella, y era prueba de que realmente se sentía cómodo con su presencia.

—Te prometo que tendrás éxito la próxima vez.

—Eso espero. —Montrose se removió para acostarse de lado, mirándola—. ¿Estás cómoda?

—Mucho. —Ella giró la cabeza para mirarlo, clavando la vista directamente en sus ojos verdes. Tenía unos ojos tan bonitos—. ¿Y tú?

Su lengua asomó para humedecer sus labios, y entonces a ella se le cortó la respiración cuando él levantó una mano para tocarle el rostro. Lentamente, deslizó un mechón de su cabello por su mejilla y lo colocó detrás de su oreja. Ella se estremeció cuando él sonrió de nuevo.

—De hecho, sí.

Ophelia casi se desmayó. Dos sonrisas de él, y estaba en grave peligro de comportarse de una manera que a él no le gustaría. Ophelia fácilmente se imaginó inclinándose para reclamar un beso de él, luego trepando sobre su gran cuerpo y haciendo el amor con él allí mismo junto al lago. Era el lugar perfecto para llevar a cabo una seducción, y luchó contra la atracción de la única manera que sabía.

Se imaginó lo terrible que sería cuando él la rechazara porque ya no era una mujer completa.

Eso fue suficiente para hacerla girarse sobre su espalda y fijar su mirada en el cielo sobre ellos hasta que sus anhelos se desvanecieron. El pájaro volaba en círculos perezosos sobre sus cabezas. No caería a tierra porque el Duque de Montrose le sonriera. Tampoco se enamoraría.

De la manera en que ella *lo había hecho*.

Ophelia se llevó la mano a los ojos, protegiéndolos del sol tanto como ocultando su impactante pensamiento. Si no hubiera estado acostada, podría haberse desmayado allí mismo.

Forzó sus ojos a abrirse, enfocándose en el pájaro en un intento de ignorar su descubrimiento.

—¿Qué tipo de pájaro es ese?

—No tengo la más remota idea —murmuró él.

El tono de su voz era más suave, más íntimo de lo que ella había escuchado antes. Le provocó cosas extrañas en su interior una vez más.

Ophelia recordó cuando conoció a Paul. Había estado un poco tonta por él, tratando de llamar su atención. Había sabido que tenía que estar cerca de él. Se sentía así con Montrose ahora, y no solo hoy.

Echó un vistazo en su dirección. Montrose ya no la estaba mirando. Parecía más interesado en el pájaro ahora.

—Me temo que esa criatura tiene la intención de reclamar el contenido de nuestra cesta de picnic.

Ophelia se sentó rápidamente y le entregó un plato a su excelencia.

—Deberíamos empezar propiamente con el almuerzo para que no se desperdicie.

El duque se sentó lentamente, tomando el plato de ella, pero sus ojos estaban llenos de preguntas.

Ella miró la extensión de agua y habló antes de que él pudiera expresarlas.

—Paul dijo que nadaba aquí cuando era niño.

—Una vez. Ambos lo hicimos, solo que yo me metí en problemas por ello.

Sus mejillas aún estaban calientes, y estudió solo la extensión de agua en lugar del hombre que amaba. Pero ella *no debería* estar enamorada de él. Él nunca la querría.

—¿No se te permitía nadar aquí?

—No se me permitía nadar en ninguna parte. Nadar se consideraba demasiado peligroso. Mi padre tenía todo tipo de reglas sobre lo que se le permitía hacer a su único hijo.

Montrose había sido hijo único. Ophelia también lo había sido, y había tenido que enseñarse a sí misma muchas cosas que otros niños aprendían de sus hermanos.

—¿Pero nadaste de todos modos?

Montrose dejó caer un trozo de pastel en su plato vacío.

—Paul me enseñó aquel último verano que se le permitió visitar Sherringford.

—A mí también me enseñó. Justo después de nuestro matrimonio, pasamos un mes junto al mar. Estaba nerviosa al respecto, pero él me convenció de intentarlo. Dijo que era un ejercicio maravilloso, y llegué a disfrutarlo mucho.

Ophelia podía sentir los ojos de Montrose sobre ella, y se obligó a comer aunque él la estaba poniendo nerviosa. *Harry* la estaba poniendo nerviosa. El pastel probablemente era maravilloso, pero su boca estaba ahora demasiado seca para apreciar los sabores.

Montrose le pasó la copa de vino a la mano.

—¿Todavía nada?

—¿Ahora? No. Por supuesto que no. —Bebió un apresurado sorbo de su vino—. Probablemente me hundiría como una piedra y me ahogaría ahora.

—No te lo permitiría —insistió él, como si el asunto estuviera zanjado—. Estaría allí en el agua contigo.

Ophelia no pudo evitar sonreír ante su continua confianza en sus habilidades. Deseaba tener eso ella misma. Le echó otro vistazo.

Harry claramente no tenía idea de que le había puesto la cabeza a dar vueltas, que su cuerpo estaba suplicando por su toque. Si iban a seguir juntos en la misma casa, Ophelia haría mejor en

enterrar estos nuevos sentimientos profundamente, antes de que él lo notara. Se suponía que debía ayudarlo a encontrar una novia, no quedárselo para sí misma.

Terminó su pastel, reflexionando sobre Montrose y lo que había dicho sobre su infancia. Apenas podía imaginarlo como un niño. Pero había oído a Paul describir al difunto Duque de Montrose. Sin alegría. Inflexible. Montrose había dicho que se había metido en problemas por nadar con Paul, pero no había elaborado.

—¿Qué castigo sufrieron tú y Paul por romper las reglas?

—Paul fue desterrado, nunca se le permitió volver a visitar.

—¿Y tú?

—Lo de siempre.

La forma en que dijo "siempre" hizo que su corazón diera un vuelco. Los castigos nunca deberían ser *habituales*.

—¿Fue tan terrible que no puedes hablar de ello incluso ahora?

Él suspiró profundamente.

—El castigo favorito de mi padre nunca me dañó. No físicamente. No pondría en peligro la vida de su único hijo. Castigaba a otros en su lugar. Sus esposas y los sirvientes soportaban el peso de su ira. Me mantenía a su lado y me hacía ver todo, señalando que era por *mi culpa* que estaban siendo castigados.

»Si mostraba algún signo de preocupación por su bienestar, los sirvientes eran despedidos. Envió a su tercera esposa, una mujer amable que había querido ser mi madre, de vuelta con sus padres y anuló su matrimonio, alegando infidelidad para avergonzarla, en lugar de admitir los celos. Maggie Nash fue una vez una criada de cocina en Sherringford, también. Fue despedida porque me hizo reír. Mi padre lo vio, y no podía soportar la idea de que yo pudiera estar contento.

—¡Eso es monstruoso!

—Sí, lo era. —Se encogió de hombros—. Paul sabía cómo era mi vida, lo que mi padre le hacía a los demás, y aun así me animaba a rebelarme.

—¿Y el único castigo que recibió fue ser enviado lejos?

—Probablemente fue un acto de bondad —dijo Montrose asintiendo—. Él tuvo libertades que yo nunca conocí.

Ophelia sintió náuseas ante la injusticia de todo aquello. Paul siempre había sido bueno para conseguir que la gente hiciera lo que él quería. Había convencido a Ophelia de fugarse tras un breve noviazgo, alegando estar locamente enamorado de ella. Más tarde, se embarcó en todo tipo de apuestas ridículas y a menudo peligrosas con sus amigos. Había vivido la vida al máximo, y probablemente habría continuado en esa línea incluso ahora, si aún estuviera vivo.

Harry era víctima de un padre frío y de la naturaleza voluble de su marido. ¿Era de extrañar que dudara de sus posibilidades de ser amado? —Qué soledad debiste haber sufrido. Obligado a mantener a distancia a todos aquellos por los que podrías haber sentido afecto.

—Eso apenas importa ahora, ¿verdad? —Señaló el lago—. Elegí rebelarme. Elegí nadar ese día, sabiendo que se haría algo con Paul. Ser enviado lejos fue el castigo más benévolo que mi padre podía infligir a alguien. Podría haberme quedado en casa en mis aposentos, o con mis estudios como se suponía que debía hacer. Un hijo obediente.

—Hay más en la vida que el deber, Montrose. Eras solo un niño.

—Lo sé. —Sonrió fugazmente—. No había pensado en nada de esto en años. Estas lecciones tuyas han removido viejos recuerdos que es mejor dejar en el pasado.

Ophelia no podía olvidar tan fácilmente. Tantas cosas sobre el duque tenían ahora perfecto sentido. Estaba horrorizada al pensar en lo dura que debió haber sido la vida de Harry. Su naturaleza podría haber sido tan diferente si hubiera sido más amado. Quería abrazarlo y prometerle que nadie volvería a hacerle daño jamás.

Y esa mujer con la que casi se había casado también lo había herido. Eso la enfurecía. Le hacía querer mantener a todas las demás mujeres a raya. Pero eso era imposible.

Montrose necesitaba una esposa perfecta, y por Dios que tendría la adecuada.

CAPÍTULO 6



NADA HABÍA SALIDO bien después de ese breve y perfecto interludio mirando un cielo despejado con Ophelia acostada a su lado. Ophelia se había puesto la bota repentinamente, había comido su almuerzo en casi completo silencio y luego se había apresurado a volver al carruaje antes de que él estuviera realmente listo para regresar a Sherringford. Había recogido las cosas del almuerzo en un estado de perplejidad y se había apresurado a ayudarla a subir al carruaje antes de que ella intentara hacerlo por sí misma.

Él había hecho o dicho algo mal.

Siempre parecía meter la pata, sin importar cuánto se esforzara por no hacerlo con ella. Quizás había compartido demasiado, demasiado pronto. Debía recordar que a las mujeres no les gustaba escuchar verdades incómodas sobre sus difuntos maridos. Paul había sido imprudente, un compañero voluble.

Aquel día junto al lago, Paul había desaparecido entre los árboles y regresado a la mansión sin que el duque supiera de su participación en la escapada de Harry. Harry había sido atrapado solo —y había jurado que había estado en el lago por su cuenta— con la intención de que Paul se librara de cualquier daño. Paul había sido enviado lejos esa misma noche, probablemente sospechoso de descarriar a Harry, porque no se habían vuelto a encontrar hasta que Harry asumió el título.

Cuando se habían vuelto a encontrar, Paul le había recordado a Harry su aventura en el lago como si hubiera sido una gran travesura.

Como todos los otros primos, también había pedido dinero.

A Harry no le había importado tanto mantener a Paul después de conocer a Ophelia. Incluso había aumentado los ingresos de Paul a partir de ese año.

El viaje de regreso en el carruaje pareció lleno de silencios incómodos. Ophelia se negó a entablar cualquier tipo de conversación larga, aparte de asuntos relacionados con la administración de su hogar. Y una vez de vuelta en la mansión, Ophelia se había escabullido y desaparecido en su habitación, alegando tener mucho que hacer ahora que tenía su bendición para quedarse para siempre.

Harry se arrepentía de la seguridad que le había dado hoy. No había pretendido que ella volviera corriendo a su trabajo de esa manera.

Pero ella era como él en ese aspecto. Era bastante meticulosa con su hogar. Lo había notado muchas veces antes.

Mientras fulminaba con la mirada la puerta por la que ella había salido, se maldijo a sí mismo por suponer que el entorno adecuado facilitaría revelar su interés por ella. Ella solo se preocupaba por saber que tenía un futuro aquí.

Pero ella había dicho su nombre mientras se daba placer...

No tenía sentido.

Tal vez no se refería a él, después de todo. Quizás soñaba con otro Harry como su amante.

Apretó los dientes ante la idea de que ella yaciera en la cama de otro hombre. No. Ella pertenecía aquí, con él. Incluso si no podía tener su afecto, su cuerpo en su cama eventualmente, ella lo tenía a él. Completamente.

Sus lecciones habían terminado.

Se dio la vuelta, dirigiéndose de vuelta a su estudio y al trabajo que había descuidado ese día.

Había amado a su primo Paul, pero también lo había resentido. Por comportarse de una manera que puso en peligro la vida de Ophelia. Harry creía que el accidente del carruaje había ocurrido porque su primo tenía prisa por presumir y romper las reglas una vez más.

Quizás ese era también el problema de Harry. ¿Era su falta de progreso con ella simplemente un caso de desear demasiado a Ophelia, de apresurarse a cambiar su relación a un pie más íntimo demasiado rápido? Se había apresurado a proponer matrimonio a la señorita Hayes en Londres. Sería sabio no hacer eso de nuevo con Ophelia.

Desafortunadamente, Harry no era un hombre muy paciente. Una vez que tomaba una decisión, tendía a no pensar en nada más que en lograr su objetivo.

Harry miró alrededor de su oficina vacía con desagrado. Había tanto que necesitaba hacer ese día, pero no podía cortejar a Ophelia ni siquiera lentamente si ella siempre estaba al otro lado de la mansión. Miró sus papeles, sabiendo que debía reanudar su trabajo. Tenía mucho que ponerse al día después de haber estado en Londres.

Se sentó y trabajó hasta la hora de la cena. Normalmente no cenaba con Ophelia más de una vez a la semana cuando estaba en casa. Ella no esperaría que se uniera a ella esta noche. Un par de sirvientes se deslizaron en la habitación a las siete y depositaron una comida para uno en una mesa junto a la ventana. Harry estudió el único cubierto con amargura. Cuando los sirvientes se fueron, volvió a su trabajo.

A pesar de la adherencia de su padre a las reglas, la propiedad había sido un desastre cuando Harry la heredó, y las demandas sobre su bolsillo eran enormes en ese momento.

Su padre había dejado los asuntos de la propiedad a administradores indiferentes. Sin embargo, no había descuidado a sus dos últimas esposas, ni a sus amantes. Había gastado en ellas de manera extravagante, joyas, casas, su tiempo. Casi llevando a la bancarrota su propiedad. Su madre, que Dios la tenga en su gloria, había estado muerta la mayor parte de su vida, y él se alegraba de que ella hubiera escapado.

Harry había trabajado incansablemente para cambiar las cosas. Había guardado sus decepciones para sí mismo, sin confesar ni siquiera a su primo Paul la profundidad de su disgusto con el hombre cuyo parecido llevaba. No soportaba mirar su propio rostro en los espejos más de lo necesario.

Todos habían asumido que Harry era como su padre. Por un tiempo, había intentado estar a la altura de la escandalosa reputación del viejo, incluso llegando a jactarse de sus conquistas amorosas.

Había tenido algunas amantes, pero las había descartado a todas con mucha facilidad. Ninguna había llenado el vacío de insatisfacción en su alma. Solo conocer a Ophelia había traído

luz a su vida. E incluso entonces, ella había estado casada con su problemático primo, una complicación que lo había avergonzado infinitamente.

Nunca había dudado que evitar a Ophelia era el curso de acción correcto. Pero, ¿alguna vez anhelaba ella su compañía al final del día?

Llamó a un sirviente para que retirara los platos una vez que había comido.

—No necesitaré nada más esta noche.

—Muy bien, su gracia —dijo un lacayo mientras trabajaba—. La señora Shaw ha regresado. Se quedó inmóvil.

—¿No sabía que había salido?

—Para visitar a la señora Nash, para discutir sobre la señorita Johnson, creo.

Así que sí le habían enviado una carta. No podía evitar sentir curiosidad por saber cuánto le costaría la ayuda de Ophelia con la chica Johnson. Debería haber ido con ella también.

Volvió a su escritorio y sus papeles. El trabajo parecía interminable, pero quería ver a Ophelia de nuevo esta noche y discutir su visita a los Nash. Tendría que anotar lo que se había decidido y cuál podría ser su participación.

Harry recogió sus papeles, el folio, la pluma y el tintero, y llevó todo lo que podría necesitar hacia el lado de la mansión de Ophelia. Ella tenía una mesa en su sala de estar y, aunque podría parecer inusual, él podría hacer sus anotaciones y luego terminar su trabajo allí esta noche. Quizás podría expresar su preocupación por su seguridad, si ella tenía la intención de hacer un hábito de visitar a sus vecinos después de que el sol se hubiera puesto.

No se cruzó con ningún sirviente en el camino y llamó a su puerta. Tras la invitación a entrar, dio un paso adentro.

Ophelia estaba de pie junto a su ventana, contemplando el jardín bañado por la luz de la luna. Tenía una expresión preocupada cuando se volvió.

—Montrose. Justo estaba pensando en ti.

—Me he enterado de que has ido a visitar al señor y la señora Nash. Supongo que por la chica Johnson.

—Así es —Ophelia sonrió rápidamente—. Está un poco disgustada porque sus hermanos la han abandonado. Pero está en buenas manos con la señora Nash.

Maggie Nash cuidaría de la chica Johnson hasta que probablemente no pudiera soportar tanto mimo.

—Entonces, ¿se quedará allí?

—Hasta después de Navidad, supongo. Tiene una tía, una mujer de considerable fortuna, que podría acogerla. El señor Nash le escribió una carta esta noche, pero podría llevar algún tiempo recibir una respuesta.

—Bueno, esas son buenas noticias entonces.

—En efecto. Una chica está mucho mejor con una tía que entrando en servicio como dama de compañía.

—Nash también me mencionó esa posibilidad.

—¿Cuándo?

—En su carta.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Qué curioso que el señor Nash nunca mencionara haberte escrito.

—Bueno, parece que te me adelantaste en tomar medidas, así que todo ha salido lo mejor posible.

—En efecto. Ahora solo queda el asunto de la reparación de la casa de los Johnson y el arrendamiento a un nuevo inquilino.

—Bueno, no puedo hacer nada al respecto esta noche.

—No, ciertamente.

Harry se quedó, sin ganas de irse, ahora que había venido.

—¿Había algo más, su excelencia?

—Para mí, nada más que el deseo de un poco de compañía —Se movió rápidamente hacia la mesa ovalada antes de ver su reacción—. ¿Descansaste lo suficiente después de tu ajetreado día?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Realmente era terrible para la charla trivial.

—Solo quería saber si te estabas cuidando bien. No es necesario correr por todo el país en plena noche.

—Son apenas las nueve pasadas, y estoy bien, su excelencia. No estaría de pie si mi pierna me estuviera dando problemas. Solo estaba admirando los jardines bañados por la luz de la luna.

¿Los encontraría románticos? Esperaba que sí.

—¿Alguna vez encuentras la mansión demasiado silenciosa por la noche?

—Al principio sí, pero ahora estoy acostumbrada a la soledad. Es muy tranquilo aquí. Aunque me alegra tener compañía. Por favor, siéntete como en casa.

Se sentó, extendió su trabajo y se inclinó sobre los papeles. Era consciente de que Ophelia se movía detrás de él y levantó la cabeza.

—Tenías una vida más emocionante antes de venir a vivir a Sherringford.

—Viajábamos mucho, pero no diría que fuera tan emocionante.

—¿Cómo la llamarías entonces? —Inmediatamente, se dio cuenta de que no debería haber hecho esa pregunta—. Perdóname. Hablé sin pensar en tu dolor.

—Puedes preguntarme cualquier cosa, por supuesto —prometió ella—. No era una vida perfecta, supongo, pero era feliz entonces.

¿Significaba eso que ahora era infeliz? Tenía que saberlo.

—¿Qué hice o dije durante nuestro picnic que fue tan malo? Pensé que lo estabas disfrutando, y luego ya no. No quise molestarte con charlas sobre mi infancia.

—Nada de lo que hiciste o dijiste estuvo mal.

—No estás siendo honesta conmigo —dijo, negando con la cabeza—. Desearía que Paul hubiera estado con nosotros hoy, en lugar de estar yo solo. ¿Odiaste saber que no siempre fue el héroe perfecto de tu memoria?

Trabajó mientras esperaba su respuesta.

—Nadie es perfecto —susurró ella.

—Está bien. Sé que no nos parecemos mucho. Él significaba mucho para ti, y por supuesto preferirías que hubiera sido él.

Un suspiro tembloroso escapó de sus labios.

—No he pensado mucho en Paul desde hace tiempo. No lo echo de menos como solía hacerlo.

—Entonces, ¿qué es? —Tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras ella caminaba detrás de él—. Dijiste que apenas necesitaba lecciones para cortejar a una dama, pero al momento siguiente te volviste fría conmigo.

—Te irá bien cuando vuelvas a Londres a buscar esposa.

—¿Y si no vuelvo a Londres?

—Pero debes hacerlo si quieres conocer a una dama adecuada para casarte.

Ya no podía contener la verdad por más tiempo. Tenía que saber si alguna vez lo miraría con algún favor.

—¿Debo hacerlo, Ophelia? Conoces mis limitaciones cuando se trata de cortejar y de la conversación educada. A la gente no le agrado, o si dicen que sí, solo están fingiendo hasta que les doy la espalda. Dime, ¿qué debo hacer mejor?

—Nada —Hubo un suspiro y un paso detrás de él—. Nunca te mentí. Cualquiera mujer estaría feliz de ser cortejada por ti.

—¿Pero tú no quieres que te corteje a *tí*?

—Montrose —lo reprendió. Hubo unos minutos de silencio antes de que volviera a hablar—. No puedes hablar en serio.

—Nunca he hablado más en serio. No hay nadie mejor preparada para dirigir esta casa que tú. Pensé por un tiempo que las cosas que a otras mujeres les disgustan de mí no te ofendían tanto —le dijo. Firmó una carta y la dejó a un lado—. Fui a Londres no buscando amor, sino para casarme con una mujer que pudiera tolerar en mi cama. La mayoría de las noches, te imagino a *tí* allí.

—¡¿Qué?!

Harry se encogió ante su exclamación.

—No es algo de lo que esté orgulloso.

—No puedo imaginar...

Él suspiró. Así que estaba solo en su admiración. La decepción era aplastante. Nunca había conocido a una mujer que le atrajera tanto como siempre lo había hecho Ophelia.

—Estoy seguro de que Paul te susurró al oído sobre mí, te contó cosas sobre mi comportamiento pasado que encuentras desagradables. Antes de que mi padre muriera, yo era un joven enojado. Cuando me convertí en duque, empeoré. Estaba decidido a ganarme mi reputación en el mundo. Quería ser considerado formidable más allá de los límites de la finca Sherringford. Un hombre al que nadie pudiera rechazar o contradecir, sin importar a quién lastimara. Esos enemigos todavía me irritan hasta el día de hoy. Mi tiempo en Londres no fue bien aprovechado. Ojalá me hubiera quedado aquí contigo.

—Todos tienen algo en su vida de lo que se arrepienten. Incluso Paul tenía defectos —respondió ella.

—Él tuvo la buena fortuna de casarse contigo —Harry negó con la cabeza—. Lo tenía todo.

—No me fue fiel —dijo ella en un susurro.

Harry se giró bruscamente para mirarla, completamente atónito.

—Eso no es posible.

Ella se encogió de hombros, con el rostro enrojecido.

—Los vi yo misma.

Harry no podía comprender por qué Paul se había alejado del lado de esta hermosa mujer ni por un momento.

—No tenía idea. Lo siento.

—No fue culpa tuya —levantó el mentón, desafiante y decidida a no dejar que la humillación la venciera—. Ni siquiera se dio cuenta de que yo lo sabía.

—Idiota —aún había más que quería decir, pero siempre había tenido problemas para hablar de las cosas que realmente le importaban. La amaba, pero tenía miedo. Tal vez si no la miraba directamente, podría finalmente expresar las palabras que llenaban su corazón. Harry se dio la

vuelta rápidamente y se humedeció los labios antes de hablar—. Eres la viuda de mi primo. Y... no debería imaginarme haciendo el amor contigo. Pero no puedo evitarlo.

Ophelia no respondió, y después de varios minutos de tenso silencio, se dio cuenta de que había dicho demasiado.

Comenzó a recoger sus papeles.

—Por supuesto, puedo entender que mi confesión te haya angustiado, ¿cómo no podría hacerlo? Entenderé si deseas que te deje en paz. Lo último que he querido jamás es molestarte. Así que, si prefieres vivir en otro lugar ahora, puedo ofrecerte una selección de varias casas. Cerca de alguno de mis primos, si eso te complace. Tendrás todo lo que puedas necesitar para tu comodidad; te lo prometo. Sirvientes, dinero. Lo que sea.

La oyó moverse para pararse detrás de él.

—¿De verdad me imaginas en tu cama? —preguntó ella en voz baja.

—Bastante a menudo —ya no veía sentido en negar sus impulsos básicos. No tenía nada más que perder—. Creo que si te hubiera conocido antes que Paul, te habría hecho mi duquesa. Nunca habrías perdido tu pie ni sufrido tal agonía entonces, ni los desafíos que enfrentas ahora. Me importas, Ophelia. Pensé que podríamos estar bien juntos. Y haría cualquier cosa para hacerte feliz... incluso perderte.

Comenzó a escribir una negativa para asistir a una fiesta en Gales este invierno cuando Ophelia suavemente posó sus manos sobre sus hombros. Instantáneamente se reclinó hacia su toque, con el corazón latiendo fuertemente contra sus costillas. Era tan raro que alguien lo tocara, y que ella lo hubiera alcanzado ahora le daba una pequeña sensación de paz.

Ella le apretó los hombros.

—Sabes decir todas las cosas correctas, Harry.

Sus labios de repente presionaron contra la barba incipiente de su noche. Un suave beso que lo hizo jadear en voz alta.

—Yo también sueño contigo —susurró ella.

Esa confesión era todo lo que necesitaba escuchar.

Harry se giró, atrajo a Ophelia a su regazo y se quedó mirando sus mejillas sonrosadas, sus labios entreabiertos y sus ojos brillantes.

Ella alcanzó su rostro, y él se apartó, esperando una bofetada.

Pero todo lo que hizo fue acunar sus mejillas y mantenerlo quieto.

—Nunca te haré daño —prometió—. Cierra los ojos.

—¿Por qué?

—Solo compláceme por un momento. Vamos. Ciérralos.

Aunque se sentía algo tonto, cerró los ojos a la visión sentada en su regazo. Ophelia trazó los contornos de su rostro con las yemas de los dedos... y luego suavemente le rozó las pestañas. Cuando ella suspiró, él abrió los ojos y la encontró aún estudiándolo desde centímetros de distancia. Dios, sus ojos valían la pena ahogarse en ellos.

Ella se acercó más, con los labios entreabiertos, y luego se estiró el resto del camino para reclamar los suyos.

Por fin.

Harry enmarcó su rostro con sus manos y separó sus labios con su lengua. La de ella salió para enredarse con la suya casi inmediatamente, y él se perdió por completo.

Ella sabía a vino y dulzura. Todas las cosas que Harry no era, y nunca sería. Todavía era demasiado buena para él, pero lo había elegido. Nunca pondría en peligro un corazón tan

precioso.

Sus dedos se enredaron en su cabello en la nuca, y él se excitó por el calor femenino presionando contra su cuerpo. Sería suyo en todos los sentidos. Nunca la traicionaría como lo había hecho su primer marido. La amaría hasta el fin de los tiempos.

Harry mantuvo los ojos abiertos mientras la besaba una y otra vez, sin querer perderse ni un solo momento de tan exquisita felicidad.

CAPÍTULO 7



OPHELIA HABÍA PENSADO que era una cruel jugada del destino sentirse atraída por el duque. Pero el Duque de Montrose la besaba como si no pudiera saciarse. Por un momento, olvidó dónde terminaba ella y dónde comenzaba el habitualmente serio duque.

Harry, el objeto de sus sueños eróticos, la deseaba a *ella*. Su expectativa de rechazo la había herido profundamente y casi la había hecho llorar. Parecía increíble que albergara tales dudas sobre sí mismo, y sin embargo, podía sentir la desesperación en su beso.

Solo el tiempo lo tranquilizaría, y ella comenzaría esta noche. No tenía poder para resistirse al hombre, ahora que sabía que él realmente sentía lo mismo por ella. Sus manos recorrían su cuerpo inquietas, ligeramente, haciéndola sentir maravillosa y querida. Estar en sus brazos así era mejor de lo que jamás había soñado que podría ser.

Rodeó sus hombros con los brazos y se entregó completamente a la pasión. Le devolvió el beso, entrelazando su lengua con la de él y devorando su boca con cientos de besos ardientes. No podía acercarse lo suficiente al hombre que admitía abiertamente que adoraba sin vergüenza.

Tampoco iba a dejar que Harry se le escapara esta noche. Ophelia no se avergonzaba de disfrutar del placer y del amor. Quería al duque en su cama.

Esta noche.

Su esposo se había quejado una vez de que su insaciable hambre de intimidad agotaba sus fuerzas. La falta de placer en el lecho conyugal después de los primeros años había sido una fuente de fricción entre ellos hasta el día en que Paul murió. Incluso antes de que hubiera sido infiel, ella había conocido la soledad en el lecho matrimonial.

Ahora sospechaba que siempre había habido otras mujeres en su vida. Pero su última mujer había sido especial para él. Vivía en el lado opuesto de su pequeño pueblo. Debido a su influencia, Paul finalmente se había alejado de compartir cualquier intimidad con Ophelia.

Ophelia no había sido tocada por ningún hombre excepto su esposo. Esperaba desesperadamente que Harry fuera diferente en cuanto a la pasión.

Si Harry la había deseado todos estos años, y creía que ella era indiferente a él, podía entender por qué siempre parecía irritado. Pero ya no tenía razón para ser así. Ella estaba bastante dispuesta a que él descargara sus frustraciones en la alcoba.

Ophelia le acunó el rostro de nuevo, provocándolo con su lengua hasta que él gimió.

Harry rompió el beso. —Quiero hacerte el amor.

—Sí —susurró ella, aunque sus mejillas se calentaron ante su lenguaje atrevido. Ser su

amante era lo que quería. Ya estaba medio perdida en el deseo, y todo lo que él había hecho era besarla, tocarla. Probablemente llegaría al clímax en el momento en que él entrara en ella, de tan excitada que estaba. Sus manos errantes y sus besos hacían que su intimidad temblara.

Atacó su corbata, apartando la fina tela de su garganta. Harry comenzó a tirar de su corpiño, bajando la tela de sus hombros para poder cubrirlos también de besos.

Ella quería más que eso, y como su vestido parecía lo suficientemente suelto, movió los hombros para desnudar sus pechos. Cuando un pezón quedó al descubierto, Harry lo besó rápidamente y luego tomó la cima en su boca. Ella suspiró de placer mientras él la succionaba expertamente. Era más brusco que Paul, más hambriento, y eso se ajustaba a sus necesidades esta noche.

Ophelia enredó sus dedos en su cabello y lo mantuvo firmemente presionado contra su pecho. No tenía miedo de dirigir el amor de un duque. Sabía lo que le gustaba y lo que no era suficiente para satisfacerla.

Cuando Harry por fin levantó la cabeza, ella presionó sus labios contra su garganta y le mordisqueó. Besó y mordisqueó la fuerte columna y luego atrapó el lóbulo de su oreja entre sus dientes. Lo mordió ligeramente mientras él jadeaba en voz alta de nuevo.

Las manos calientes de Harry se deslizaron por su espalda, jugando con los cordones de su corsé, aflojando aún más sus ropas, y luego capturó ambos pechos en sus grandes manos. Ella se recostó mientras él jugaba con sus pezones hasta que se convirtieron en puntos duros y dolían. Se retorció en su regazo mientras su sexo temblaba de nuevo. —Quiero que me toques por todas partes.

—Me sentirás dentro de ti muy pronto —amenazó Harry.

Se puso de pie, y luego se dirigieron hacia su alcoba, Ophelia firmemente sostenida en sus brazos. Ella esperaba un encuentro enérgico y una gran satisfacción para ambos.

Harry la acostó de espaldas, levantó suavemente sus faldas hasta las rodillas, y luego acomodó su cuerpo como él quería. Le sujetó las piernas por las rodillas y le subió el vestido más arriba hasta los muslos.

La expresión de su rostro sugería que lo estaba disfrutando, aunque no sonreía. Llevó sus labios a su rodilla, y ella miró su cabeza oscura mientras besaba su piel sensible. Pero luego la sorprendió completamente al quitarle la zapatilla, el pie de madera y luego las medias... para besar una y otra vez el extremo de su pierna acortada.

Parpadeó para alejar las lágrimas mientras él continuaba, asombrada y agradecida de que no estuviera repelido por las feas cicatrices.

Eventualmente, pasó a besar el resto de ella de la misma manera exacta, adorando ambas piernas con suaves besos, subiendo lentamente hacia su sexo dolorido.

Levantó su vestido aún más alto y colocó un suave beso directamente en sus rizos. Separó sus piernas e inhaló, y luego sus dedos jugaron en sus pliegues. —Estás húmeda.

Ophelia se retorció, ansiosa por sentirlo pronto dentro de ella. —Eres un hombre excitante.

—No había estado tan duro en mucho tiempo —admitió.

Ella miró hacia abajo de su cuerpo para ver la prueba de ello tensando su entrepierna. Cuando de repente deslizó sus dedos dentro de ella, Ophelia cerró los ojos con fuerza y apenas contuvo su orgasmo.

Harry acercó su cabeza a la de ella, pero sus dedos continuaron deslizándose más profundamente en su interior. —¿Te gusta cómo te toco?

—Sí —susurró, luego encontró su mirada. Nunca había visto su expresión más seria que esta

noche. Su enfoque en su cuerpo la atraía, aumentaba su placer. Ophelia separó un poco más las piernas e inclinó las caderas. —Puedo tomar más.

Él gruñó, y luego la complació deslizando más de sus dedos en su interior. Estaba ampliamente estirada y cerca de deshacerse, pero amaba la sensación de él. El dolor solo se intensificó cuando volvió a tomar su pezón en su boca mientras la acariciaba con los dedos. No quería que terminara demasiado pronto, pero se apretó contra su mano, cortejando la delgada línea entre el placer y el dolor.

Harry liberó su pecho, y de repente su lengua estaba lamiendo su clítoris. Ella se arqueó contra su rostro y sus dedos, desesperada ahora por llegar al clímax. Estaba en un camino que conducía directamente al placer sin detenerse. Cuando él succionó con fuerza su clítoris, Ophelia llegó al clímax una y otra vez.

Lentamente abrió los ojos después de haber recuperado el sentido. Harry estaba ahora arrodillado entre sus muslos separados, observando su rostro, con los dedos aún hundidos dentro de ella y los labios húmedos de besar su sexo.

Retiró cuidadosamente los dedos, pero solo para frotar su humedad sobre su sensible coño. Cuando separó sus pliegues, se inclinó y sopló suavemente sobre su sexo, Ophelia se estremeció con otra contracción de sus músculos internos.

—Te tengo —prometió él. Había un bulto decididamente grande apuntando hacia ella desde sus pantalones. Ella lo observó, curiosa por saber cuándo se quitaría todo lo que los separaba. Él no parecía tener prisa, aunque ella era consciente de su hambre.

Se quitó las prendas superiores con movimientos dolorosamente lentos, observándola a través de ojos entrecerrados. Una ligera sonrisa curvó sus labios, pero no dijo nada mientras continuaba atormentándola con su lento desnudo. Cuando su camisa cayó al suelo, Ophelia gimió.

Harry era grande por todas partes, de músculos duros y piel tersa. El vello oscuro que había vislumbrado en su garganta continuaba en una línea hasta su ingle. Ella miró fijamente los botones de sus pantalones, y luego levantó la cabeza mientras él continuaba desabrochándose a su ritmo pausado.

Y entonces apartó las manos para que ella pudiera ver.

Su coño dio un sorprendente espasmo entusiasta al ver por primera vez su impresionante verga que saltaba de sus pantalones desabrochados. Se sentiría muy estirada cuando él estuviera profundamente dentro de ella. Nunca había tenido una polla tan grande, pero no tenía miedo. No de Harry.

Él la cuidaría.

Siempre lo había hecho.

Harry bajó sus pantalones más por los muslos y envolvió su mano alrededor de su verga en la base. Se acarició y sus labios se crisparon.

—¿Crees que podrás tomarlo fácilmente?

Ophelia abrió más las piernas e inclinó su coño hacia arriba.

—No fácilmente al principio, pero con ganas. Ven a mí.

—Aún no —dijo él mientras bajaba la mano entre sus piernas de nuevo.

Cuando la golpeó allí, ella jadeó por el placer inesperado.

—¡Oh! —exclamó—. Eso se sintió tan extraño.

—¿Extraño bueno?

—Sí, Harry. Muy bueno. ¿Puedo tener otro?

Él gruñó y lo hizo de nuevo. Luego tomó una de sus manos y la forzó entre sus piernas.

—Ábrete para mí.

La humedad brotó de su sexo ante su atrevida exigencia, y ella hizo lo que le pedía con mucho entusiasmo, jugando un poco con su sexo también, como solo lo había hecho cuando estaba sola.

Harry se inclinó para tener una vista de cerca de su coño. Después de un momento, miró a lo largo de su cuerpo y finalmente sonrió.

—Tienes un bonito monte, Ophelia. Voy a disfrutar mucho deslizando mi verga dentro de ti toda la noche.

Ophelia se estremeció tanto por el uso de su nombre de pila como por sus intenciones. Su forma tosca de hablar podría haber ofendido a otra dama, pero ella sospechaba que Harry finalmente estaba siendo él mismo, de una manera que nunca se había atrevido antes. Le gustaba este lado de él. Era excitante, y encontraba su rudeza estimulante. Esperaba que lo dijera en serio también. Ophelia nunca había estado completamente satisfecha haciendo el amor solo una vez en la noche.

Se pellizcó los labios inferiores con fuerza, abriéndolos más, pero luego alcanzó la verga de Harry en su lugar. Estaba grueso y caliente contra sus palmas, y él se acercó para que ella pudiera acariciarlo sin estirarse. Usando ambas manos, lo acarició una y otra vez, subiendo sus pulgares sobre la cabeza rojiza y bajando de nuevo hasta la base. Lo hizo gemir cuando esparció su humedad alrededor de la punta y luego lamió un poco de sus dedos.

Aunque lo habría tomado voluntariamente en su boca, estaba desesperada por sentirlo dentro de su coño. Anhelaba hacer que Harry se deshiciera como ella lo había hecho. Darle el placer que lo saciaría. Quería hacerlo tan feliz como él la estaba haciendo esta noche.

Envolvió sus dedos alrededor de la base de su verga y lo guió para unirse a ella.

Era grande, pero fue cuidadoso. La reclamó lentamente, incluso cuando ella suplicó por más. Ni una sola vez apartó sus ojos de los de ella.

Y en ese momento, se dio cuenta de lo que él había estado tratando de decirle, de mostrarle, a su manera extraña desde que ella había despertado con sus dedos enredados en su cabello. Él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él. Ambos habían tenido miedo.

Cuando estuvo completamente dentro de ella, pero permaneció quieto, Ophelia arañó su espalda.

—¡Harry! No me hagas esperar.

—Me perteneces, ahora y para siempre. —Su mandíbula se tensó por un momento—. ¿Lo entiendes? Eres mía.

Su coño se apretó a su alrededor. Ella quería que eso fuera cierto.

—Sí, Harry. Te deseo tanto como tú a mí, lo juro.

Él se rió oscuramente contra su oído.

—Lo dudo. Te quiero jadeante y desesperada ahora, y saciada y suave después. Te quiero esta noche. Mañana. Hasta el día que muera.

—Yo también necesito eso —prometió ella—. Por favor, hazme el amor.

Él retiró las caderas y comenzó a empujar dentro de ella, lentamente al principio, y luego, cuando ella se había acostumbrado a su tamaño, se volvió menos gentil. Ophelia lo alentó hasta que él estaba embistiéndola, cantando su nombre con cada empuje.

Ophelia levantó sus manos al cabecero para estabilizarse. Harry aprovechó su posición para reclamar su pezón y chupar con fuerza.

Ophelia llegó al clímax de nuevo, y él, finalmente, también lo hizo.

Harry se desplomó sobre ella en un enredo sudoroso de miembros pesados y respiración agitada. Ophelia envolvió sus brazos alrededor de su cabeza, sus piernas alrededor de sus caderas, y disfrutó completamente del agradable peso de él presionado contra ella.

Estar con Harry en su cama era mejor que cualquier fantasía que hubiera imaginado.

Su coño aún pulsaba, apretándose alrededor de su verga que se ablandaba.

Se aferró a Harry, incapaz de creer cuánto la excitaba incluso después de todo lo que habían hecho juntos. Ya sabía que quería más de él esta noche, mañana y para siempre. Quería todo lo que él prometía, y mucho más. No había hablado de matrimonio o amor, y ella no asumía que alguna vez lo haría.

Esto era suficiente por ahora. Por una vez, finalmente, se entendían perfectamente.

Harry no parecía tener prisa por moverse de encima de ella, así que ella mecía sus caderas, haciéndolo moverse dentro de ella de nuevo. Él se estaba recuperando bien, y luego comenzó a flexionar sus caderas contra ella también.

Después de varios minutos placenteros de fricción, él rodó sobre su espalda, arrastrándola encima de él.

Ophelia luchó por encontrar una posición cómoda y miró hacia abajo a su rostro enrojecido. Tocó su mejilla mientras continuaba meciéndose sobre su verga que se endurecía.

—Preguntaste qué pasó hoy que cambió mi estado de ánimo —susurró—. Pensé en cómo sería tenerte debajo de mí así.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Entonces también leíste mi mente. Estaba a punto de intentar seducirte.

—Me habría gustado. Estábamos tan solos.

—Te llevaré al lago mañana. Te desnudaré, abriré tus piernas y te besaré hasta que te corras en mi cara. Y luego te arrastraré encima de mí como ahora y dejaré que me tomes por completo hasta que te corras de nuevo.

Ella se mordió el labio mientras él se mecía debajo de ella, y comenzaron a hacer el amor con ella arriba. Justo como le gustaba tener a *su* Harry. Sonriente y hermosamente despeinado. A él no parecía importarle que ella marcara el ritmo. Acariciaba su piel con las yemas de los dedos y parecía contento observando cómo su coño lo acogía.

Sin embargo, cuando se trataba de pasión, no servía de nada que solo un amante tomara todas las decisiones. Apartó el cabello de su rostro y lo miró con los ojos entrecerrados. Harry tenía una lengua sucia, y ella lo imaginaba más aventurero en la cama de lo que su difunto marido podría haber sido jamás. Había mucho que él podía enseñarle sobre la pasión.

Se inclinó, cerca de su oído para susurrar: —¿Dime qué deseas?

—A ti —prometió mientras le apretaba el trasero con firmeza.

Ella sonrió. —¿Te gustaría tenerme de rodillas para que puedas tomarme por detrás, Harry?

Harry se quedó quieto por un momento.

Luego, con un rugido inarticulado, Harry se retiró, volteó a Ophelia sobre el colchón, dejándola boca abajo, y luego de rodillas antes de que ella pudiera reírse de su prisa.

Volvió a hundirse en ella, y sus manos se aferraron a sus caderas, estabilizándola mientras la embestía repetidamente. Ella jadeó cuando sus paredes internas se tensaron y temblaron de nuevo mientras él dominaba su acto amoroso y dejaba clara su predilección por esa posición.

Ophelia llevó sus dedos a su clítoris y se provocó un orgasmo justo cuando él alcanzaba su segundo clímax. Parecía que, en el sueño secreto que había guardado cerca de su corazón durante tanto tiempo, en Harry, también podría haber encontrado a su verdadera pareja en la pasión.

CAPÍTULO 8



HARRY SE INCORPORÓ sobresaltado en una habitación extraña y miró confundido a su alrededor en la oscuridad. Le tomó un momento recordar por qué se había quedado dormido en el dormitorio de Ophelia.

Cuando recordó la noche de pasión que había transcurrido, extendió la mano hacia ella, ansioso por empezar de nuevo.

Al no encontrarla a su lado, saltó de la cama y abrió las pesadas cortinas, aún más confundido al ver que parecía ser casi mediodía. Ella debería estar aquí con él incluso ahora. Podría haber dormido más de lo habitual, lo cual no era sorprendente dados los eróticos esfuerzos de la noche anterior, pero esta era su habitación. Al menos debería haberlo despertado cuando ella se levantó.

Harry había perdido la cuenta de las veces y las formas en que había hecho el amor a Ophelia la noche anterior, pero recordaba que cada vez, ella se había acurrucado junto a él después. Sin duda había disfrutado lo que habían hecho juntos. Él le había prometido continuar sus actividades amorosas junto al lago donde habían hecho el picnic.

Miró alrededor de la habitación, vio que su ropa había sido cuidadosamente dispuesta para que la encontrara, y se apresuró a vestirse antes de que algún sirviente lo descubriera desnudo. Una vez vestido, agarró el reloj de repisa, entrecerrando los ojos para confirmar la hora exacta. Tres minutos para el mediodía, y tenía suerte de que nadie lo hubiera encontrado aquí todavía.

Mientras se pasaba los dedos por el pelo para arreglarlo, se preguntó cuánto tiempo hacía que Ophelia lo había dejado. Había cosas que necesitaban discutir hoy. Estaba ansioso por fijar una fecha para su matrimonio.

Comprobó que no hubiera nadie alrededor y se deslizó hasta el salón de ella. Sus papeles seguían tal como los había dejado, y los recogió antes de dirigirse audazmente de vuelta al lado de la casa que normalmente habitaba. A partir de mañana, decidió, sería *su* casa: sin más lados, sin más separaciones.

El único pequeño asunto que le preocupaba era la ubicación del dormitorio principal y la cantidad de escaleras difíciles que Ophelia tendría que subir y bajar cada mañana y noche, después de pasar la noche juntos. Ella no era particularmente ágil en las escaleras, y eso siempre le había preocupado. No siempre podría estar cerca para llevarla en brazos.

Ya se le ocurriría algo; tal vez un inventor del que había oído hablar recientemente podría idear una forma para que Ophelia se moviera más fácilmente entre los pisos. Suficiente dinero

generalmente podía inspirar a cualquiera a crear algo nuevo.

Subió corriendo a sus propias habitaciones, encontró ropa limpia en su vestidor para ponerse, y volvió abajo para comenzar la búsqueda de la mujer con la que se casaría.

Casi una hora después, oyó un carruaje en la entrada, y Ophelia regresó con una doncella a su lado. Se mantuvo fuera de la vista mientras el mayordomo le quitaba el sombrero y el abrigo en el vestíbulo, le entregaba una carta, y solo cuando los sirvientes se habían ido, se apresuró a salir para confrontar a Ophelia sobre su desaparición.

Ella se volvió al oírlo acercarse. Sus labios se entreabrieron, y luego tragó saliva antes de intentar hacer una reverencia. —Su gracia.

—Nada de eso —le advirtió. No permitiría que Ophelia intentara hacer reverencias nunca más. Podría caerse. Y como no la había visto en horas, se acercó más.

Harry no luchó contra la erección de su miembro ni contra el impulso de tocarla. Atrajo a Ophelia a sus brazos y miró hacia abajo su rostro vuelto hacia arriba. Un rubor subía lentamente por sus mejillas, y sus labios se entreabrieron en un jadeo. —No estabas allí cuando me desperté.

—No. —Se alejó, entrando en una habitación que él había considerado suya desde que ella vino a vivir con él. Era una sala cómoda, con una chaise longue larga y ancha en la que Ophelia a menudo se recostaba cuando estaba cansada. La chaise era lo suficientemente grande para que la compartieran, en realidad.

Puso su mano bajo el codo de ella, listo para llevarla allí para sentarse y quizás hacer el amor de nuevo si ella estaba de acuerdo.

Pero ella dejó su bolso en una mesa lateral cercana, frunciendo el ceño mientras lo miraba de reojo. —Tenía algo que hacer en el pueblo.

La sacudió suavemente. —¿Y no podía esperar hasta que me despertara y hubiéramos hablado sobre lo que pasó entre nosotros anoche?

Ophelia se liberó de su agarre. —No, no podía.

—Yo te habría llevado. Te dije que cuidaría de ti.

—Fue por lo de anoche que tuve que ir sola. —Suspiró—. Hay algunas cosas en las que no puedes ayudarme. A veces necesitaré un momento de privacidad para hablar con otras personas, también.

Entrecerró los ojos mirándola, sin que le gustara esa respuesta. —A juzgar por tu ceño fruncido, hablaste con el maldito vicario otra vez. ¿Qué podrías necesitar de él que no pudiera esperar?

Ella lo miró fijamente. —Sí, fui a hablar con el señor Drayton. Me pidió algo a lo que necesitaba darle una respuesta. No podía esperar.

—¿Otra causa benéfica? ¿Una donación de hombres y dinero para arreglar otro techo con goteras? ¿O eran los huérfanos de la parroquia otra vez?

—No era nada de eso. Era algo muy personal. —Suspiró—. Mientras estabas fuera, el señor Drayton me pidió que me casara con él.

Harry no podría haber estado más sorprendido. Su primer instinto fue salir corriendo de la mansión e ir al pueblo, encontrar al vicario y darle un puñetazo en la nariz por presumir ser lo suficientemente bueno como para hacerle tal pregunta a Ophelia. —Vaya, ese codicioso, desleal...

—No es nada de eso, y lo sabes. Es un hombre amable. —Se encogió de hombros—. Le debía una respuesta.

Harry no quería que ella sintiera que le debía algo a nadie, y menos al vicario. —¿Espero que

le hayas dicho que se vaya al infierno?

—Dije lo que fue más amable. —Se dio la vuelta—. Estaba decepcionado.

Harry sonrió. —Más le vale superarlo rápidamente.

—Eso espero. —Abrió su carta y luego asintió—. La prima Miriam está encinta de nuevo.

—Otro mocoso para asesinar nuestros oídos cuando lllore —refunfuñó—. Maravilloso.

Ophelia no respondió a eso.

Harry se movió para pararse detrás de Ophelia y puso sus manos sobre sus hombros. Ella estaba rígida y no se volvió para recibir sus atenciones. ¿Había sido demasiado exigente en la cama anoche? Se había imaginado su mañana de una manera muy diferente a como había resultado hasta ahora. Más besos, y una decisión sobre cuánto tiempo lo haría esperar para volver a acostarse con ella. No se hacía ilusiones de que Ophelia no tuviera una opinión al respecto.

No deberían haber anticipado su noche de bodas. Había un sinfín de personas en el distrito que podrían contar los meses desde la noche de bodas hasta el nacimiento de su primer hijo. Preferiría no involucrar a Ophelia en ningún chisme desagradable si pudiera evitarlo. Podría tener dificultades cuando regresaran a Londres la próxima primavera. La protegería de la mayor parte de la recepción desagradable que recibirían si pudiera.

Tomó un respiro para calmarse, ansioso por comenzar las negociaciones para su matrimonio. El tiempo pasaba. —Si Drayton sigue así, encontraré a alguien más para que nos case.

Ella levantó la cabeza. —¿Entonces nos vamos a casar?

Harry parpadeó, luego hizo girar a Ophelia para que lo mirara. Ella lo observaba con gran asombro. Seguramente no podía haber pensado que él no tenía intenciones honorables cuando la había llevado a la cama. Frunció el ceño. —Por supuesto que sí.

—Nunca me lo pediste.

Harry levantó las manos. —Te advertí que no era bueno para este tipo de cosas.

—A una dama le gusta que se lo pidan —respondió, volviendo a doblar su carta—. Puede parecer innecesario entre nosotros ahora, pero me gustaría contarles a nuestros hijos sobre este día. Y sí, *ellos* también llorarán, y no puedes enojarte por eso tampoco.

—Lo intentaré —prometió, pero le gustaba la idea de una docena de sus propios críos corriendo por la propiedad, gritándose entre sí de una manera que a él nunca se le había permitido hacer. Los observaría desde una distancia segura con Ophelia, fuera de peligro. Habría muy pocas reglas para *sus* hijos.

Levantó el rostro de ella hacia el suyo, y ella se inclinó hacia su tacto. —Vas a tener que ser un poco más obvia sobre lo que quieres de mí si vamos a llevarnos bien. No fui criado para compartir mis pensamientos más íntimos con nadie.

—Debes confiar en mí. No ocultes nada. No intentaré manipularte ni traicionar tu confianza. Hacerte daño es lo último que haré jamás.

Sus palabras hicieron que sus ojos ardieran, pero alejó las fuertes emociones. Aún no era capaz de ser el hombre que ella esperaba. Pero intentaría cambiar, encontrarse a mitad de camino si pudiera. Lo intentaría con todas sus fuerzas.

Suspiró. Tendría que empezar hoy. Nada menos que una gran propuesta para hacerla sentir su amor sería suficiente. Ya la había hecho dudar de su lugar aquí, y ahora también de sus intenciones. Probablemente tendría que hacer de su boda más alboroto del que podía soportar, porque ella secretamente querría eso también.

Cuadró los hombros. —Eres la última mujer a la que le pediré matrimonio, así que allá vamos.

La levantó en sus brazos y la llevó de vuelta al vestíbulo vacío. La dejó cuidadosamente en el suelo, se aseguró de que estuviera estable y luego silbó fuertemente.

Silbó de nuevo, y los sirvientes acudieron corriendo.

Bien.

Quería que este momento fuera reportado lo más ampliamente posible. —Reúnanse —ordenó—. Reúnanse.

Ophelia tiró de su manga. —¿Qué estás haciendo?

—Lo correcto.

Esperó hasta que incluso la jadeante cocinera finalmente llegara. Para entonces, suficientes se habían reunido alrededor de la habitación o se cernían sobre las escaleras para proporcionar suficientes testigos.

Luego se arrodilló sobre una rodilla y extendió su mano hacia Ophelia.

Los sirvientes dejaron escapar un jadeo colectivo y comenzaron a murmurar entre ellos inmediatamente.

Los ojos de Ophelia se llenaron de lágrimas, y miró a su alrededor a los sirvientes hasta que guardaron silencio.

Entonces él tomó un profundo respiro. —Ophelia Shaw, me harías el hombre más feliz de toda Inglaterra si consintieras en ser mi esposa y duquesa. Madre de mis hijos, señora de Sherringford... para siempre.

Su pequeña mano se deslizó en la suya, y asintió, desprendiendo las lágrimas que habían vuelto sus ojos brillantes. —Sería un honor.

Presionó ardientes besos en sus nudillos, luego se puso de pie para limpiar las lágrimas de sus mejillas con las yemas de sus pulgares. —Estoy enamorado de ti —le dijo, sin importarle quién lo escuchara hablar. Lo más probable es que nadie creería que él pudiera amar a *alguien*. Solo Ophelia necesitaría creerle. Su opinión era la única que siempre había importado.

—Y yo también te amo —prometió ella—. Muchísimo.

Los sirvientes comenzaron a susurrar emocionados, y luego uno de ellos comenzó un aplauso lento. Pronto todos los sirvientes se habían unido y hablaban sobre ellos haciendo una pareja tan inesperada. Parecía que su decisión tenía su aprobación.

Ophelia se aferró a sus brazos mientras prácticamente saltaba frente a él. —¡Oh, Harry! Estás lleno de felices sorpresas.

—Ten cuidado —advirtió, apretando su agarre sobre ella en caso de que perdiera el equilibrio con su pie de madera.

—Esa fue la propuesta más memorable en la historia de la eternidad. Nadie se atreverá a decir que no eres un hombre romántico en el fondo cuando escuchen sobre esto.

La atrajo hacia sí y presionó su frente contra la de ella. —Solo soy romántico cuando pienso en ti. Enviaré dinero a Miriam para el bebé, extra para la partera y la nodriza también.

—Gracias, Harry. —Ella envolvió sus brazos fuertemente alrededor de su cuello, y él la levantó del suelo—. Eres el hombre más dulce y generoso del mundo entero.

Harry la abrazó con fuerza, sin importarle que los sirvientes aún lo observaran con una mezcla de sorpresa y, probablemente, horror. Ophelia era popular entre los sirvientes. Él decididamente no. Se inclinó cerca de su oído. —Te das cuenta de que eres la única persona que me ve de esa manera.

Ella se rió. —Oh, sé que soy la mujer más afortunada por haber visto tu mejor lado.

—Tú eres mi mejor lado —replicó, acariciando su cuello hasta que se le ocurrió un

pensamiento repentino. Tenía que establecer algunas reglas básicas sobre su vida juntos—. Los primos no vendrán a vivir con nosotros.

Ophelia se retorció, y él la dejó en el suelo con el mismo cuidado que siempre le había mostrado. Ella levantó una mano hacia su rostro y le apartó el cabello de los ojos. Él los cerró, disfrutando de la caricia, luego sintió el cosquilleo de su toque revolotear de nuevo sobre sus pestañas. —Sí, Harry.

—Lo prohíbo absolutamente —dijo, mientras presionaba su mejilla firmemente contra la diminuta palma de ella. Le gustaba que lo tocara y consideró cuán fácil podría ser atraerla a algún rincón apartado para hablar con mayor privacidad. Aunque podrían tomar una decisión sobre su hogar en cualquier lugar o en cualquier momento. Incluso en la cama. Ese pensamiento lo animó inmensamente—. Esperarán que los entretengas. Te quiero solo para mí.

Ella hizo un pequeño puchero. —Me tienes, Harry.

Suspiró ante el feliz pensamiento. Iban a casarse; habían hecho el amor como demonios enloquecidos de lujuria. No había posibilidad de que ella lo dejara plantado. Entonces, ¿qué daño había en ofrecer un compromiso ahora si eso la hacía feliz a largo plazo? Quería que este fuera un buen matrimonio para ambos. Él ciertamente no era ningún premio. Sin duda, ella tendría la tarea de suavizar su lado áspero y aplacar a las personas que pensaban que habían sido insultadas por él durante el resto de su matrimonio.

—De acuerdo. Pueden venir para la boda y la Navidad, pero solo este año. Tendrás toda la responsabilidad de organizar todo. Te lo dejaré todo a ti y a los sirvientes. No quiero oír ni una palabra sobre ellos hasta que lleguen.

—Gracias —rio ella de nuevo y luego jugó con un botón de su chaleco. Arrugó su adorable naricita—. Apenas notarás que están en la propiedad, lo prometo.

Él gruñó.

—Eso pensé de ti una vez.

Ophelia se rio y se dio la vuelta. Cuando pidió té para dos en su apartamento privado y despidió a los sirvientes con un gesto de su mano, Ophelia fue obedecida al instante. Pero él no pudo evitar notar que los sirvientes se marcharon sonriendo en lugar de salir apresuradamente, como hacían con él.

Al menos al elegirla como su duquesa, había hecho algo bien por el bien de todos en Sherringford.

Ophelia hizo un gesto a Harry para que se uniera a ella con una sonrisa pícaro que instantáneamente hizo que su miembro se endureciera.

Harry la siguió tropezando. Un cortejo apropiado normalmente implicaría separaciones, encuentros y carabinas. Pero ellos ya vivían en la misma casa, más o menos solos.

—Cierra la puerta, Harry.

Él obedeció y luego no pudo evitar reír en voz alta. Ophelia sabía más sobre cortejos apropiados de lo que él jamás podría saber. Si ella no se molestaba en observar las reglas, maldita sea si él siquiera lo intentaría.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tú. Y yo —sonrió—. ¿Tienes idea de cómo me he torturado por ti?

—Tengo una idea, pero Harry, la tortura podría estar apenas comenzando para ambos —se sentó, dando palmaditas en el espacio a su lado—. Existe un verdadero peligro de que nos interrumpan cuando llegue el té.

Harry se apresuró a su lado y se inclinó para robarle un beso. Su mano cayó sobre su rodilla y

la deslizó a lo largo de su muslo.

—Entonces será mejor que aproveche cada momento a solas contigo.

—Los dos lo haremos —susurró ella, acariciando el frente de sus pantalones.

Él le mordisqueó el cuello y ella se arqueó hacia él pidiendo más. Tomó su mano y la colocó sobre su pecho, y él le pellizcó el pezón a través de la tela de su vestido, provocando el gemido más erótico que le había escuchado hasta ahora.

Tendrían que detenerse cuando llegaran los sirvientes, pero incluso esos pequeños inconvenientes no disminuían su estado actual.

Harry estaba feliz, quizás por primera vez en toda su vida. Era libre de amar a Ophelia de la manera que quería. De la manera que necesitaba. No tenía que cambiar para ser considerado digno de amor.

Ophelia comenzó a deslizarse de lado, arrastrándolo con ella hasta que ambos quedaron acostados, él encima de ella. Si esto era un vistazo de su futuro, con gusto cortejaría a Ophelia todos los días de su vida.

Ella se retorció un poco más, y de repente él se encontró encajado entre sus muslos separados. Se levantó para mirar su rostro sonrojado, los labios hinchados por sus besos. Ella ya era su pareja perfecta, su amor, su vida, en todas las formas que podrían importar, especialmente cuando se trataba de pasión. Movié las caderas solo para escucharla gemir.

—¿Debería mostrarte mi amor otra vez, Ophelia?

La sonrisa de Ophelia en respuesta fue decididamente traviesa.

—Siempre, Harry, y luego es mi turno de amarte tanto como tú.

EPÍLOGO



DOS MESES DESPUÉS

Harry ayudó a Ophelia a bajar del carruaje frente a la iglesia del pueblo con un terrible mal humor. No había absolutamente ninguna razón para que él asistiera a los servicios religiosos los domingos, pero una mirada de reproche de su duquesa, y se resignó a no volver a tener nunca más un domingo por la mañana para sí mismo.

Ni soñaría con permitir que Ophelia asistiera sin él. El vicario alguna vez había tenido debilidad por ella. Ningún hombre se interpondría entre ellos si él podía evitarlo. Así que se encontraba siguiendo a Ophelia a los servicios dominicales, y también por todo el campo, visitando a sus vecinos, y esa era la mejor parte de ser un esposo, en su opinión. Ya no tenía excusa para pasar sus días solo, y tampoco quería volver a la forma en que las cosas habían sido antes.

Había estado solo. No es que alguna vez hubiera puesto nombre a lo que sentía antes de que Ophelia lo amara.

Ophelia caminaba fácilmente a su lado ahora, desde la compra de una bota nueva y correctamente ajustada. El nuevo artilugio era uno de una docena que había mandado hacer para ella, todos forrados con la más suave piel de oveja y un acolchado mucho más indulgente del que jamás había disfrutado.

Discutían. A menudo. Ophelia ya no soportaba sus cambios de humor en silencio. A veces era casi un placer que le reprochara su mal humor. Hacer el amor después de una discusión particularmente acalorada los mantenía a ambos satisfechos y solo los acercaba más.

Dejó que ella lo guiara al interior de la iglesia y se quedó atrás mientras saludaba a los otros feligreses. De todos modos, no estaban allí para hablar con él. Harry no tenía ilusiones de que el matrimonio con una buena mujer lo hubiera hecho más popular. Ella tenía una mente propia, y él quería que siguiera siendo así. Ella continuaba desplegando el "sí, Harry" con gran efecto cuando había una causa cercana a su corazón.

Harry los guió a sus asientos habituales, ayudó a Ophelia a sentarse, y se quedó en silencio mientras el poco excepcional señor Drayton hablaba de la bondad hacia los demás, la recompensa de la fe y el pecado del orgullo.

Harry supuso que lo último iba dirigido a él. Había estado bastante descaradamente presumido cuando se casó con Ophelia el mes pasado. El señor Drayton había oficiado la ceremonia, a insistencia de Ophelia. Ella había sentido que pedir a cualquier otra persona que

realizara el trabajo de casarlos reflejaría mal en la reputación del hombre. Además, nadie más que ellos tres sabía de la propuesta de Drayton. Por otro lado, la única alternativa era ir a Londres y casarse allí con una licencia especial. Aunque conveniente, otro viaje a Londres no le atraía a Harry. Tenía todo lo que quería allí mismo en casa.

Así que había cedido a su petición de acomodar el orgullo del señor Drayton y soportó otra lectura de las amonestaciones con más paciencia de la que había tenido la primera vez.

Su recién descubierta serenidad podría tener algo que ver con la frecuencia con la que compartía la cama de Ophelia. Estaban bastante bien emparejados en pasión. Ophelia disfrutaba de la intimidad de una manera que pocas mujeres admiten. Nada de lo que él deseaba le era negado. Todo lo que ella deseaba era un placer para él concederlo.

Cerró los ojos mientras el vicario seguía hablando monótonamente, imaginando qué diversión podría tener entre las sábanas esa noche cuando llevara a su esposa a la cama de nuevo. Había resuelto todo el problema de las muchas escaleras de la casa mudándose abajo con *ella*. A los sirvientes les había llevado una semana poner las cosas en orden, pero ahora no tenía ninguna razón para estar lejos de Ophelia nunca más.

Tenían dormitorios contiguos. Pasaban casi todas las noches de su matrimonio juntos en uno de ellos, o ocasionalmente en ambos.

El codo de Ophelia lo empujó, y abrió los ojos para encontrar al vicario mirándolo severamente. Se preguntó brevemente cuánto tiempo habría estado divagando esta vez, y sonrió. Los otros feligreses también los estaban mirando, así que supuso que incluso podría haber roncado. Qué lástima. Era un duque, y solo tendría que responder ante Ophelia.

—Excelente sermón —murmuró, sin lamentar haberse perdido casi cada palabra pronunciada. Su alma ya no necesitaba ser salvada. Ophelia la tenía guardada en algún lugar para mantenerla a salvo.

—En efecto.

Ophelia se habría mantenido despierta durante todo el sermón monótono de Drayton. Ella era una persona mucho mejor de lo que Harry quería ser jamás.

Harry acompañó a su esposa por el pasillo y salió a la brillante luz del sol. El señor y la señora Nash les saludaron desde la distancia, y luego se rieron cuando él reprimió un bostezo.

Y entonces Harry notó que Ophelia también bostezaba. —Deberíamos irnos.

Ophelia entrelazó su brazo un poco más fuerte con el suyo. —Creo que es una muy buena idea.

Una vez en el carruaje cerrado, ella se acurrucó a su lado. A él también le gustaba este lado del matrimonio. Ophelia parecía necesitar estar cerca de él tanto como él quería estar cerca de ella. Todavía se excitaba con su presencia, aunque ahora no se molestaba en ocultar su admiración por su belleza... o su erección.

Ella le frotó la pierna. —Volviste a roncar durante el servicio.

Ah, eso explicaba la mirada del vicario. —¿Qué puedo decir? Soy un hombre recién casado con una hermosa esposa a quien culpar por mantenerme despierto toda la noche. ¿No es suficiente que haya hecho otra generosa contribución al plato de la colecta para sus huérfanos?

—Fuiste muy generoso. —La mano de Ophelia se deslizó más arriba, deteniéndose no muy lejos de su entrepierna—. ¿Crees que alguna vez nos cansaremos el uno del otro?

Él la levantó sobre su regazo, de modo que ella quedó a horcajadas sobre él y luego oscureció el carruaje para tener privacidad. —No puedo imaginar que lo haga.

—Paul lo hizo —confesó ella, apartando sus faldas mientras él desabotonaba la caída de sus

pantalones. Ophelia casi nunca mencionaba a su primer marido, y cuando lo hacía, siempre era un tema delicado.

Liberó su miembro y colocó la punta en su entrada. —Debería haberte conocido primero.

Ophelia se hundió en su longitud con un suave suspiro. —Soy una mujer perversa. Estuve pensando en hacer esto durante todo ese aburrido sermón.

Harry la agarró firmemente por las caderas y la guio arriba y abajo hasta que ambos jadeaban. Le sujetó el rostro con una mano, ralentizando sus movimientos.

—Quizás no lo diga bien, pero estoy agradecido de que Paul haya muerto. Si no hubiera sido así, tal vez nunca habría sido tan feliz como lo soy ahora. Amo a la mujer perversa que eres. Me pasé todo el sermón planeando hacerte el amor esta noche. Me alegro de que no me hayas hecho esperar hasta después de la cena.

Ella lo agarró por el pelo y le giró la cabeza a un lado. Sus dientes mordisquearon justo debajo de su oreja, y luego susurró:

—Entonces, ¿somos igual de malos el uno que el otro?

—No, somos perfectos el uno para el otro. Déjame demostrártelo de nuevo —atrapó sus labios con los suyos y la besó profundamente, permitiéndole moverse contra él a su propio ritmo y con el vaivén del carruaje. Hoy ella encontró su liberación rápidamente, y él la siguió poco después, mordiendo su vestido para ahogar el sonido de su grito.

Moderar sus arrebatos era el único sacrificio que había tenido que hacer al casarse con Ophelia. Todo lo demás parecía encajar perfectamente, como si estuvieran destinados a estar juntos.

Ophelia una vez le había prometido que existía una novia perfecta que podría amarlo tal y como era. En ese momento, él no pensó que se refiriera a sí misma... pero hasta donde sabía, era lo único en lo que ella se había equivocado cuando se trataba del amor.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

